380

RICARDO BLASCO

EL AVENTURERO

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

EL AVENTURERO

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

ALFRED CAPUS

adaptación española de

RICARDO BLASCO

Estrenada en España, en Zaragoza, por la Compañía GUERRERO-MENDOZA, en la función á beneficio de EMILIO THUILLIER, el 18 de Octubre de 1911

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11 dup.°

Teléfono número 551

1912

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/elaventurerocome00capu

A Emilio Thuillier

gran intérprete de Capus.

Su admirador y amigo,

R. Blasco.

PARÍS–1911.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ESTÉBAN RANSON	Sr.	Thuillier.
JAIME		Juste.
GUEROY		Cirera.
ANDRÉS VARÉZE		Montenegro.
FRAMIÉ		Urquijo.
EL PREFECTO		Guerrero.
DAMBLEUR		Muñoz.
SAMBLIER		Giraudier.
GENOVEVA	Srta.	Riquelme.
MARTA	Sra.	Salvador.
LA BARONESA	Srta.	Cancio.
LUCÍA		Valentín.
SEÑORA DE DAMBLEUR	Sra.	Bofill.
SEÑORA DE SAMBLIER	Srta.	Le Bret (A.)
SEÑORITA DE SAMBLIER		León.
UN CRIADO	Sr.	Covisa.

La acción en Francia.—Época actual

ACTO PRIMERO

En los alrededores de Grenoble, en casa de Gueroy. Gran pieza con chimenea y buenos muebles, que, por amplia puerta vidriera, se comunica y prolonga sobre extensa terraza. A través de las vidrieras extensa vista; sobre la fábrica, á la izquierda; y sobre la montaña, á la derecha.—Es día claro.

ESCENA PRIMERA

GUEROY y FRAMIÉ; luego ANDRÉS

FRAMIÉ Líbreme Dios de darle á usted consejos, señor Gueroy; pero, yo que usted, no dejaría visitar la fábrica, así, al primero que llega.

GUER. ¿No dejar ver la fábrica? ¡Vaya! ¡Las puertas de par en par! Que todo el mundo pueda ver nuestra prosperidad. Ese es el mejor reclamo, amigo Framié!

FRAMIÉ (Bajando la cabeza.) ¡Hum!

GUER. Deje usted entrar á esos señores; ir y venir por donde les venga en gana; por los talleres, por todas partes.

FRAMIÉ Uno de ellos parece extranjero.

GUER. Bueno, ¿y qué?

FRAMIÉ Desde hace algún tiempo se establecen muchos extranjeros en estas provincias del Delfinado... y empiezan á acaparar los saltos de agua.

GUER. No cogerán el nuestro; de eso yo respondo. (Viendo entrar á Andrés.) ¡Vaya usted! Vaya usted y no sea caviloso.

(Framié se va.)

608119

ESCENA II

GUEROY y ANDRÉS; luego GENOVEVA

GUER. ¿Tan tempranito, señor padre de la patria?

AND. Venía á avisarle que no almuerzo con ustedes.

GUER. Pues, ¿qué pasa?

AND. Tengo que estar en París esta tarde sin falta. Nuestro grupo se reune mañana por la mañana. El Gobierno va á ser rudamente interpelado de un momento á otro... Hay que defenderse.

GUER. Bien, muy bien. ¿Y sobre qué va á ser esa interpelación tan repentina?

AND. ¿No ha leído usted hoy los periódicos?

GUER. Todavía no.

AND. Una historia colonial, que en cualquier otra ocasión no tendría ni asomos de gravedad. Un francés... no sé quién... una especie de aventurero, que, con otros cuantos por el estilo, ha dado una verdadera batalla en una de nuestras fronteras del Senegal.

GUER. ¿Contra quién?

AND. Contra unas tribus indígenas con las cuales vivimos actualmente en paz.

GUER. En paz estamos con todos los países, felizmente.

AND. Sí; pero no con la oposición parlamentaria.

GUER. ¡Bah! La oposición...

AND. Se ha apoderado del asunto, lo ha inflado. ¡Ya se hará usted cargo! Toma partido por nuestro compatriota... si á tipos semejantes puede darse el nombre de compatriotas... En fin, le haré á usted gracia de los detalles... ya los leerá usted en los periódicos... El caso es que se prepara la «gran interpelación colonial».

GUER. ¿Supongo que no irá á caer el Gobierno?

AND. No lo creo... Las emboscadas de siempre... las maniobras tenebrosas... Ya trataremos de contrarrestarlas.

GUER. ¡Eso; sea usted enérgico! Es usted joven.

Está usted en el momento de tomar posiciones. Los tiempos de la oposición pasaron ya en Francia. Hay que estar con el Gobierno. Nada se puede contra él; nada es posible sin él. ¡Pero, con él, se puede todo!

AND. ¡Cierto!

GUER. Cuando yo era tan joven como usted, tuve mis veleidades de independencia. Me burlaba de los poderes constituídos, hasta discutía las instituciones y me daba aires de descontento del régimen. Pronto comprendí mi tontería. Y hoy por hoy estoy siempre, hagan lo que hagan y sean quienes sean, con los que mandan. Y, la verdad, á veces se necesita para ello mucha fuerza de voluntad.

AND. Pero así tiene usted en la localidad una influencia enorme.

GUER. No digamos que soy un cacique, pero no me puedo quejar. Hace tiempo me condecoraron. (Señalando la cinta roja que lleva en el ojal.) Sin que yo lo pidiera, por supuesto.

AND. A proposito: he de hablar de eso con el ministro. Es usted caballero de la Legión de Honor, muy dignamente merecido, pero me parece que ya va siendo tiempo...

GUER. ¡Oh! el ascenso me es igual. Lo importante es tener la cruz, el grado no significa nada.

AND No importa. Yo pienso pedirlo y he de insistir...

GUER. (Vivamente, de pronto.) No olvide usted decir que, aunque sea mi hijo quien dirige la fábrica, yo soy el fundador. Recuerde usted cuánto trabajé en las últimas elecciones. Y no olvide usted hacer presente el apoyo que el Gobierno, los Gobiernos, encontraron siempre en mí, en este distrito.

AND. Descuide usted. Tiene usted, con creces, ganada la roseta.

GUER. Sí. La verdad es que hay que ser oficial. Después, ya los otros grados no significan nada.

AND. Cuente usted conmigo.

GUER. Gracias, amigo Varéze. No tengo nada más que decirle. Buen viaje... y mucha energía, ¿eh? Duro con esas oposiciones. Yo voy á

dar una vuelta por la fábrica y á dar un vistazo al periódico.

AND. Y yo, con permiso de usted, espero á las señoras para despedirme de ellas.

GUER. Está usted en su casa. Creo que andan por el jardín.

AND. Ya me hice anunciar.

(Gueroy estrecha la mano á Andrés y se acerca hacia la fábrica, metiéndose en el bolsillo el periódico sin desplegarlo.)

ESCENA III

ANDRÉS y GENOVEVA; luego MARTA

GEN. Buenos días, Andrés.

AND. Buenos días, Genoveva. Mucho lo siento, pero tengo que marcharme ahora mismo á París, porque no puedo faltar á la sesión de mañana.

GEN. Corta será la separación, porque también nosotros volvemos á París la semana que viene.

AND. Entonces será en París donde yo daré el paso formal.

GEN. ¿Qué paso?

AND. El de pedir la mano de mi adorada Genoveva á su hermana mayor y á su señor hermano político.

GEN. ¡Ah!

AND. ¿Les ha dicho usted que yo la quería con toda mi alma?

GEN. No les he dicho aún nada de eso. Antes quería yo misma estar segura de ello.

AND. ¿Y ahora?

GEN. Lo estoy.

AND. Pues bien, como los dos somos libres y es cosa que á nosotros solos interesa, ¿no podríamos ir pensando en la fecha de la boda?

GEN. Eso de fijar fechas es cosa grave.

AND. Pongamos que nos casaremos este invierno.

GEN. (Tendiéndole la mano.) Pongámoslo.

AND. ¡Qué feliz soy! ¡No encuentro otra palabra! ¡Felicísimo! Y esta dicha ha sido tan rá-

pida, que aun me parece mentira! En cuanto la conocí á usted la amé; pronto fuí correspondido, y pocos meses, ¡qué digo! pocas semanas nos faltan para vernos unidos.

GEN. ¡Criatura!

AND. Genoveva .. dígame usted una vez más, pero bien en serio, que me quiere. (Atrayéndola hacia sí por las manos.)

GEN. (Seria y dulcemente.) Andrés, mi más ardiente deseo es ser su esposa... y si viera que quería usted á otra... me volvería loca. (Cambiando de tono.) Vaya, ¿está usted contento?

AND. ¡Ah, sí! ¡Soy feliz! Y estoy seguro, Genoveva, de hacerla á usted dichosa. Con tal compañera iré muy lejos, lo veo, lo siento. Antes de conocerla, solo tenía vaga conciencia de mi ambición. Ahora sé lo que quiero... Quiero verla á usted envidiada, admirada. Quiero para usted una vida deslumbradora, con más alegrías y más poderío que la más dichosa y más encopetada; y quiero que todo eso sea yo quien se lo dé. Ya ve usted, Genoveva mía, si soy ambicioso.

GEN. Pues todavía no lo es usted bastante, porque solo habla de alegrías y encumbramientos y solo piensa en ser ministro. Mientras que lo que importa, cuando se es lo que usted es, no es tener una ambición y satisfacerla, sino tener una idea é imponerla. Ser un hombre que no se parezca á los demás; tener una voluntad, un pensamiento, propios. El día en que, desde el fondo de una tribuna, al oirle á usted hablar, piense yo:— «Qué bien está eso que dice Andrés! ¡qué verdad es, qué justo es!» Aquel día me sentiré orgullosa. Ya ve usted como mi ambición es mayor que la suya.

AND. (Riendo.) Es cierto.

GEN. Hasta pronto, Andrés, hasta pronto. (A Marta, que llega.) ¿Cuantos días estaremos aún aquí?

MARTA (Dando la mano á Andrés.) Muy pocos.

AND. Como acabo de decir á su hermana, tengo que marcharme en seguida y venía á despedirme. Si usted me lo permite iré á verlas, en París, en cuanto lleguen.

MARTA Allí, como aquí, será usted siempre bien recibido.

AND. Señoras... (Saluda y se va.)

ESCENA IV

GENOVEVA, MARTA, luego JAIME

MARTA ¿Genoveva?...

GEN. ¿Marta?...

MARTA Andrés Varéze es muy simpático, convengo en ello contigo; hasta, si quieres, encantador. . pero hace tan poquito tiempo que le conocemos...

GEN. ¿Lo cual quiere decir?...

MARTA Que un matrimonio es cosa más seria de lo que suelen pensar las niñas casaderas!...

GEN. Sí; ya comprendo. .

MARTA Cosa que merece pensarse.

GEN. Lo pienso mucho más de lo que parezco, hermanita. (Besándola.)

MARTA ¡Es curioso! No te llevo más de siete años; no nos hemos separado nunca; nos queremos entrañablemente; y me parece que entre nuestros caracteres, entre nuestras dos maneras de ser, de comprender la vida, hay un abismo.

GEN. (Riendo.) ¡Un abismo!

MARTA Tú vas al matrimonio con una audacia, con una despreocupación extraordinaria... con la misma tranquila sonrisa que si fueras á hacer una excursión por el campo... Yo recuerdo que, en semejante caso, estaba conmovida, alarmada, palpitante... y á veces triste. Verdad es que todavía teníamos á nuestra madre con nosotras y que la presencia de una madre hace ver las cosas con más gravedad. En fin, hija mía, no te digo más; piénsalo aun un poco.

GEN. Y cuando lo haya pensado bien, ¿me darás tu consentimiento?

MARTA ¡Qué niñería! No lo necesitas.

GEN. Pero lo tengo en tanto como si me fuese indispensable... ¡Sería tan hermoso ser felices las dos, cerca una de otra! (Entra Jaime.)

JAIME ¿No habeis visto á mi padre?

GEN. Debe estar leyendo los periódicos. ¿Como te va hoy por la mañana, cuñadito?

JAIME (Dándole un cariñoso cachetito.) No tan bien como á ti. pero no mal del todo.

GEN. ¿Quieres que le avise, si le veo?

JAIME Por de contado.

(Se va Genoveva.)

ESCENA V

JAIME y MARTA

MARTA Acabamos de hablar de Varéze.

JAIME Sí, yo también lo había notado... ¿Pero aun no habrá nada formal?...

MARTA Voy creyendo que sí. Habrá que irse haciendo á la idea de esa boda.

JAIME Tiempo tenemos... He de informarme de la verdadera situación de esa familia, que creo buena.

MARTA Yo también... y con la dote de Genoveua nada les faltará... A propósito; ¿no te... embazaría retirar de la fábrica los trescientos mil francos de la dote?

JAIME Absolutamente nada. ¡Vaya una pregunta!

MARTA Como los negocios no van muy allá estos últimos tiempos, temía...

JAIME ¿Que no van bien los negocios? ¿De dónde te has sacado eso?

MARTA Lo había oído decir.

JAIME ¿A quién?

MARTA A Framié.

JAIME (Encogiéndose de hombros.) Framié es un hombre muy inteligente, muy útil, muy adicto; un perfecto administrador; pero un pesimista insoportable... Lo mejor qne puedes hacer es no hablar nunca con él de nuestros asuntos.

MARTA (Acercándose.) Jaime, ¿por qué me ocultas tus preocupaciones?

JAIME No te oculto nada... Nada me apura... Tengo mis cuidados, como todos los industriales...

MARTA No; no me dices la verdad. Sé que este año hemos perdido mucho dinero... Soy la única

en casa que lo sabe, felizmente. Tu mismo padre lo ignora... Y lo que más me aflige es que no te atrevas á decirme nada, que no tengas confianza en mí... Sí; comprendo, comprendo, temes asustarme... pero lo que me asusta precisamente es tu silencio, tu falsa apariencia de tranquilidad. Vamos, Jaime, ¿qué pasa? Dímelo, te lo suplico. No aguardes al último momento...

JAIME ¡Te digo que no hay nada!... No voy á inventar catástrofes para tranquilizarte.

MARTA Yo sé que buscas dinero.

JAIME (Jovialmente.) ¡Ya lo creo! Busco dinero para agrandar la fábrica, para ponerla en condiciones de resistir á la competencia extranjera que nos amenaza... Pero no hay en eso nada de anormal y todos los industriales franceses están en el mismo caso... Es la lucha... Y mi padre está muy al corriente de mis proyectos...

(Entra Gueroy, precipitadamente con el periódico en la mano.)

ESCENA VI

DICHOS y GUEROY

GUER. ¡Es increíble! ¡Fantástico! ¡Noticias de tu primo!

JAIME ¿De Esteban?

GUER. ¡De mi delicioso sobrino, de esa calamidad! ¡Hacía diez años que no sabíamos de él! ¡Era demasiada suerte!

JAIME ¿Alguna de las suyas?

GUER. Es el ausor de ese incidente de Africa, (Golpeando el periódico.) esa complicación que puede hacer caer al ministerio. Lee, lee: «Noticias de la Cámara. La próxima interpelación»... Sigue, sigue: «En Guinea.» «Una tribu aliada de Francia pasada á cuchillo.» Sigue: «Esta emboscada parece urdida por un compatriota nuestro, Esteban Ranson...»

JAIME No hay duda es él.

GUER. De modo que, no contento con haber estado á punto de deshonrar á la familia antes de

expatriarse, ahora nos va á echar encima un escándalo, á comprometernos...

JAIME No llevamos el mismo nombre, afortunadamente, y nadie tiene necesidad de saber...

GUER. ¡Qué tonto eres! Como que el ministro no acabará por saber que es mi sobrino... Si no lo sabe ya... Y cuando Varéze vaya é pedirle mi roseta... Eso sin contar la resonancia de semejante historia sobre nuestro buen nombre, sobre nuestros negocios...

MARTA (Leyendo el periódico.) Por lo que dice el periódico la complicidad de Esteban no está demostrada, ni su verdadero papel bien definido...

JAIME Sí, no exageremos.

GUER. Parece que no le conoceis. No hacerse ilusiones. Yo le conozco bien y sé de cuanto es capaz... Pero, hombre, acuérdate de los malos pasos de que le saqué tres ó cuatro veces. He pagado por él más de treinta mil francos, de los cuales no volveré á ver ni un céntimo... Como yo era su tío, sus acreedores me achicharraban, me armaban cada escándalo... ¡Aquí mismo... en medio de la calle! ¡Y gracias que me defendí bien! ¡Si hubiese tenido que pagar todas sus deudas, mi fortuna entera hubiese sido poco! Es incorregible. Es el miembro gangrenado que hay en toda familia, y si no se le amputa acaba por infestar todo el cuerpo...

MARTA Y sin embargo, á mí no me quedó mal recuerdo de él.

GUER. ¡Por supuesto! Excelente muchacho... generoso... el corazón en la mano... Vosotras, las mujeres, llamais á esos tipos calaveras y os parecen muy simpáticos. Su madre lo trataba como á un ángel. Por más que yo le decía: «Educas muy mal á tu hijo, no le sujetas.» ¡Todo lo que hacía estaba bien, era admirable, genial! En la Escuela de Ingenieros le dában calabazas, mientras tú entrabas con buen número. Pues, en castigo, su mamaíta le pagaba un viaje á Italia para consolarle. Años y años le ha mantenido en París, donde ha probado todos los oficios sin servir para nada. Y la muy tonta me re-

petía sin cesar: «¡El llegará, tiene tanto talento!» Lo que me alegro que no haya podido ver las consecuencias de su debilidad... ¡Y había que verlo! Pretencioso, burlón, desdeñoso con los hombres de experiencia como yo; y, de seguro, tratándome de viejo latoso en su fuero interno, cuando le daba buenos consejos... ¡Digo! ¡Si hasta me quería enseñar á dirigir la fábrica! ¡A mí!... ¡Es colosal!... ¡Ah! ¡Cuando se largó, respiré! ¡Me parecía mentira verme libre de él!

JAIME Y, en el fondo, libres de él estamos; porque jamás se atreverá á volver á Francia. y menos aquí.

GUER. ¡No faltaba más! Pero eso no impide que aquí le conozca todo el mundo; y ya verás los comentarios cuando lean sus hazañas en los periódicos. Y precisamente hoy que viene el Prefecto á almorzar. (En la terraza.) Mira la Baronesa con su hija. Fíjate en la sonrisita que se trae. De seguro ha leído ya el periódico.

ESCENA VII

DICHOS, la BARONESA y LUCÍA

BAR. ¿Qué tal, Gueroy? Vaya una historia...

GUER. ¿A quién se lo dice usted, querida amiga?

MARTA ¿Cómo va, Lucía?

LUCÍA Muy bien; ¿qué tal, Jaime?

BAR. ¿Le ha escrito á usted su sobrino? ¿Le ha enviado detalles?

GUER. ¡No, á Dios gracias! No nos comunicamos.

BAR. Diga usted. ¿Está usted bien seguro de que sigue en Africa?

GUER. ¡Oh! Por supuesto... Además, el periódico lo asegura.

BAR. Entonces es que yo veo visiones...

GUER. ¿Visiones?

BAR. Figúrese usted que anoche me pareció que era él...

GUER. ¡El! ¿Dónde?

BAR. Uno que pasaba por el camino que cruza nuestro parque. Mi hija y yo volvíamos de

paseo y, al bajarnos del coche, me saludó uno bastante mal encarado, rústicamente vestido, con un garrote en la mano...

LUCÍA ¡Daba miedo verle! ¡Con la cara cortada! ¡Daba miedo! Gracias que estábamos á dos pasos de casa.

BAR. Después que pasó, le seguí mirando y, de pronto, caí en la cuenta. ¡Era Ranson, muy cambiado, pero él!

GUER. ¡Imposible! ¡No faltaba más! Usted se ha confundido.

JAIME Bueno sería enterarse.

GUER. ¿Y cómo, cómo?... (A la Baronesa.) ¿Hacia dónde iba?

BAR. Hacia Vileuse, donde su familia tuvo en tiempos una finca.

GUER. ¡Vileuse! A diez minutos de aquí... Voy á escribir a su antiguo colono... Y también escribiré á Grenoble. (Va á la mesa-escritorio.) Por si acaso, conviene adelantarse. (A su hijo.) Tú podrías enviar alguien al pueblo á preguntar.

JAIME Ahora mismo. (Se va.)

LUCÍA ¿Y Genoveva?

MARTA En el jardín. (Lucía se va con Marta.)

BAR. Le digo á usted que era él. (Se va por la derecha con las otras.)

ESCENA VIII

GUEROY; luego RANSON

Gueroy, sentado á la mesa, escribe, de espaldas á la puerta. Ranson, entra por la izquierda. Trae americana larga de pana, bastante usada, altas botas, pantalón bombacho, sombrero de ala ancha, cicatriz en la frente, una fusta en la mano

GUER. (Volviéndose, al ruido de la puerta.) ¡Tú!

RANSON (Con mucho aplomo.) Sí, tío, soy yo. ¿Cómo va? (Adelantándose.) Vamos, deme usted la mano. Después de todo soy su sobrino, ¡qué demonio!... No soy ningún mendigo... ¡Vaya, tío, fuera escrúpulos! ¡Sea usted bueno! (Gueroy, después de vacilar mucho tiende la mano, que Ranson estrecha vigorosamente.) ¡Ajá!... ¡así da gusto!

¡Y eso que se hace usted algo de rogar!... Y ahora, á ver esa cara... Diez años hace que no nos vemos las nuestras. Usted casi no ha cambiado.

GUER. (Recobrando su sangre fría.) Mira, Esteban, las cosas claras. Cierto que eres mi sobrino; pero pasarte diez años sin dar señales de vida, para volver de repente á perturbar la familia y á comprometernos á todos...

RANSON ¡Yo!

GUER. Sí, tú... (Encarándose con él.) Hace falta frescura para volver á Francia después de lo que has hecho... ¿se puede saber qué significa esta historia que acabo de leer?

RANSON Pero, querido tío, si todo eso no vale nada... Y jamás lo hubieran sabido los periódicos, si ese estúpido de Gobernador del Senegal...

GUER. Haz el favor de hablar con más respeto del señor Gobernador.

RANSON ¿Es usted amigo suyo?

GUER. No le conozco. Pero es un alto funcionario; y eso basta para no tolerar que se le falte al respeto. Y, después de todo, lo único que me interesa es que has armado un escándalo que nos alcanza á nosotros.

RANSON No hay ni sombra de escándalo, querido tío, no tenga usted cuidado. Yo iré á París, si es preciso, veré al Ministro y le probaré que mis compañeros y yo no hemos hecho sino usar de nuestro estricto derecho de defensa. Y no le diré que soy su sobrino de usted, se lo prometo.

GUER. ¿Y para eso has vuelto á Francia?

RANSON Para eso... y para verle á usted... y también para otra cosa.

GUER. (Interrumpiéndole.) ¡Ah! Eso ya me lo esperaba. Pero se acabó lo que se daba.

RANSON ¿Cómo?

GUER. ¡Se acabó! ¡Se acabó! He hecho por ti cuanto podía. Por ti me he visto en verdaderos apuros... ¡No me volverás á coger!

RANSON Vamos, tío, oiga usted...

GUER. Pero ¿cómo te atreves á presentarte por aquí, dónde todo el mundo sabe que eres un vago, donde debes dinero á todo bicho viviente? Pero desdichado, ¿crees que se han

muerto todos tus acreedores? En cuanto sepan que has vuelto van á caer sobre ti, te van á achicharrar, á darte caza...

RANSON Ya me han cazado ayer. ¡Figúrese usted la cara que pondría Branchin cuando me vió. Creyó que era un fantasma!

GUER. ¡Branchin! ¡Tu antiguo colono! ¡Lo menos le debes dos mil francos!

RANSON Dos mil quinientos.

GUER. ¿Y qué te ha dicho?

RANSON Está encantado conmigo. Verdad es que se los devolví en seguida.

GUER. ¿Dos mil quinientos?

RANSON Y los intereses. También le debía cuatro mil á Pellegrain, el joyero de Grenoble.

GUER. Me consta. Tuvo valor de reclamármelos en mitad de la calle. (Burlón.) ¿También á ese le has pagado?

RANSON También.

GUER. ¿De veras? (Incrédulo.)

RANSON Ya que estaba allí, he pagado todas mis deudas menudas.

GUER. ¿A todos?

RANSON A todos. Salvo error, no debo nada á nadie.

GUER. ¿A nadie?

RANSON Me parece.

GUER. ¡Te parece! A mí me parece que olvidas al acreedor más importante.

RANSON ¿Cuál?

GUER. ¡Yo!

RANSON No le he olvidado á usted ni un momento, querido tío. ¿A qué cree usted que vengo?

GUER. ¡Puede que vengas á pagarme!

RANSON Usted lo ha dicho.

GUER. ¿Sabes siquiera lo que me debes?

RANSON Treinta y un mil francos; ó sea, con los intereses, unos cuarenta mil seiscientos francos.

GUER. ¿Y me los vas á pagar?

RANSON Cuarenta mil seiscientos. (Sacando de un bolsillo del pantalón un fajo de billetes.) Aquí están. Cuéntelos usted.

GUER. (Estupefacto.) ¿Para qué?

RANSON Cuente, cuente.

GUER. Por de contado. (Guardándoselos.)

RANSON Y después de darle á usted las gracias por

habérmelos prestado, dispénseme usted por haber tardado tanto en devolvérselos. Y ahora, tío, le dejo á usted, no quiero molestarle á usted más. Me alegro tanto de verle bueno. Memorias á toda la familia. (Se va á marchar.)

GUER. Espera, hombre, espera. Déjame también darte las gracias.

RANSON (Protestando.) ¡Bah! Tío, no hay de qué.

GUER. Sí, sí; es una sorpresa agradable.

RANSON Mucho me alegro de habérsela dado.

GUER. Si alguien me hubiera dicho hace un cuarto de hora que volvería á ver jamás este dinero, le hubiera creído loco de remate.

RANSON Me lo figuro.

GUER. Y también te figurarías que no lo iba á tomar.

RANSON Jamás me hice semejante ilusión.

GUER. ¿De modo que eres rico?

RANSON ¿Yo? Nada de eso... He hecho algunos buenos negocios, tengo otros en marcha, algunos fondos en movimiento. En fin, no me va del todo mal; no estoy descontento.

GUER. (Dándole palmaditas en el hombro.) Vamos, vamos, chico, no te las eches de listo conmigo. A mí no me la das... Tú tienes más dinero de lo que parece.

RANSON ¡Bah!

GUER. No se devuelven al tío cuarenta mil francos sin tener el riñón bien cubierto... Pero allá tú. Mejor para ti... Solo que, como te fuiste con cien francos mal contados en el bolsillo, ¿sería indiscreto preguntarte cómo has ganado semejante fortuna?

RANSON ¡Eh? Durillo ha sido; sobre todo al principio.

GUER. ¿Dónde fuiste á desembarcar con tus cuatro luises?

RANSON En Australia.

GUER. ¿Y qué has hecho en Australia? (Ranson hace un gesto vago.) Bueno, bueno... ya comprendo.

RANSON No, tío, comprende usted mal. Sin duda se figura usted que he hecho allá una porción de horrores, ¿verdad? Pues nada de eso. No entro en detalles porque sería el cuento de nunca acabar; pero no he cometido ningu-

na pillería, ¡palabra! Ustedes se figuran que no se puede vivir fuera de Francia sino matando y saqueando. ¡Qué error, querido tío! Las otras partes del mundo están mejor organizadas de lo que ustedes se creen. No le diré á usted que he sido un santo; pere le confesaré á usted una cosa: Cuando se ha dado dos ó tres veces la vuelta al mundo y se ha tropezado con toda clase de hombres; cuando se ha luchado y se han recibido golpes; cuando se han atravesado tempestades y desastres, tío, se vuelve uno muy sencillote y muy obediente á las leyes de la naturaleza; porque no son lecciones de anarquía las que uno ha tomado, sino lecciones de orden.

GUER. Pero tampoco se gana una fortuna cruzándose de brazos.

RANSON Vuelve usted siempre al mismo tema. ¡Es una idea fija! ¡No, no me he cruzado de brazos! Mire usted, en los negocios coloniales lo difícil es ganar los primeros cien mil francos. Luego todo va como la seda.

GUER ¿Y cómo ganaste tú los primeros cien mil?

RANSON Con una idea que se me ocurrió un día en la costa de Marfil, subiendo por el río en una piragua. Figúrese usted que ví, á las orillas de aquel río, unos indígenas lavando tierra y sacando de ella polvo de oro, y hasta algunas pepitas... Iban á buscarla á unos pozos abiertos á pocos metros de profundidad. Este espectáculo me llamó mucho la atención, como usted puede calcular.

GUER. Sigue.

RANSON Desembarqué con varios camaradas que viajaban conmigo. Ibamos bien armados...

GUER Y los matásteis á todos.

RANSON No, hombre; ¡qué manía! No matamos á nadie. Al contrario. Les cambiamos nuestras armas por el palvo de oro. Nos marchamos, y poco tiempo después volví con una cuadrilla de indígenas; me establecí, abrimos pozos y, á mi vez, me puse á estraer oro. Todo esto no marchaba, como usted supondrá, sin algunas dificultades con las tribus vecinas... Negociamos. Nos enviaron emba-

jadores... los corrompimos. Nos batimos un poco... En fin, hicimos todo lo posible para que nos dejasen tranquilos... Y, mientras tanto, yo sacaba por término medio treinta gramos de oro diarios; y el primer año salí por treinta mil francos, sobre los cuales me quedaron quince mil de beneficio. Multipliqué los pozos, aumenté las cuadrillas, y al cabo de tres años la concesión producía más de cien mil francos anuales.

GUER. ¿De beneficio líquido?

RANSON Precisamente Entonces, como se había corrido la voz y comenzaba á molestarme la competencia, vendí la concesión á muy buen precio, y compré un poco más allá, un bosque. ¿Qué quiere usted? En las colonias hay que cambiar de oficio de cuando en cuando... El bosque aquel producía cautchuc, aceite de palma, miel, cera, sin contar los monos. Organicé vastos talleres para aquellas diversas explotaciones, y tuve la suerte de aprovechar el primer ferrocarril establecido en el país. Y ahí tiene usted, querido tío, mi vida y milagros. Las habrá más edificantes, no lo niego. Pero había que vivir. Vivir es defenderse. Jamás he atacado á nadie; pero me he defendido siempre bien. Pero, ¿una porquería, una de esas acciones en las cuales no se puede pensar sin que la sangre le haga á uno cosquillas en la piel?... Míreme usted cara á cara; por mi vida le juro á usted que no la he hecho. Una vez, sí... una sola, estuve á punto de hacer el gesto que deshonra... Pero alguien se levantó dentro de mí de pronto y me sujetó el brazo. No sé quién fué... Quizás mi padre.. En fin, hoy por hoy lo más duro pasó. ¿Milagro? ¿Azar? ¿Voluntad? Ello es que no he faltado y no he sido tampoco vencido... Y hasta donde uno puede responder de sí mismo, creo poder asegurar que seguiré siendo un hombre honrado toda mi vida.

GUER. Así lo espero.

RANSON Y ahora que caigo. Se me ha olvidado preguntarle á usted por mi primo. ¿Está bue-

no? ¿Y su mujer también? Bueno. ¿Tienen hijos?

GUER. Un chico.

RANSON Me gustará conocer á ese chiquillo. Por el momento es mi heredero. ¿Y aquella otra muchacha tan mona, la hermana de Marta?

GUER. ¿Genoveva?

RANSON Eso es, Genoveva.

GUER. Tiene ya veintitrés años. Está preciosa.

RANSON ¿Todavía soltera?

GUER. Todavía.

RANSON Vaya, veo que á la familia le ha ido bien en mi ausencia... En cuanto á los negocios... al llegar le he echado un ojo á la fábrica y me parece en plena prosperidad. ¿Sigue usted dirigiéndola?

GUER. No, es Jaime... Se la dejé. Yo me contento con una vigilancia general.

RANSON Entonces todo va bien. Me alegro de veras.

GUER No vas á ser tú solo quien haya hecho fortuna.

RANSON ¡Lástima fuera!

GUER. Tu primo tiene una gran posición, no solo industrial, sino social. Pasa el invierno en París... Yo también. Ahora pensamos comprar un hotel.

RANSON Enhorabuena, querido tío, mi enhorabuena. ¡Ah! Jaime ha hecho su caminito. No me choca... Es muy listo... algo desmadejado, algo débil... Pero usted tiene energía por los dos. Y, además, tiene una mujer excelente. Tengo de ella muy buenos recuerdos.

GUER. ¿Quieres verlos?

RANSON ¿Por qué no?

GUER. Ya nos darás el gusto de venir á almorzar con nosotros un día de estos.

RANSON Es usted muy amable, tío. Acepto con mucho gusto.

GUER. ¿Te quedas por aquí algunos días?

RANSON Probablemente. Voy á comprar la finca que mi padre tenía en Vileuse y que yo dejé vender por varias razones... la primera por que no tenía más remedio.

GUER. ¿Vives en Vileuse?

RANSON Sí, tío.

GUER. De buena gana te convidaba hoy á almor-

zar. Pero no hay medio, á causa de tus relaciones con el gobierno. Tenemos á almorzar al Prefecto, (Insistiendo.) al Prefecto.

RANSON Ya lo he oído. Y estamos de acuerdo. A mí me carga almorzar con los Prefectos.

RANSON Entonces mañana.

GUER. Bueno, mañana.

CRIADO (Entrando.) Una carta para el señor.

GUER. Con tu permiso. (La vuelve.) Sello de la Prefectura. (Al Criado, que se va.) Dígale usted al señorito Jaime que venga. (Leyendo la carta.) ¿Cómo? ¿Conoces tú al Prefecto?

RANSON ¿Cómo se llama?

GUER. Moutier, Teodoro Moutier.

RANSON ¿Moutier? Debe ser un compañero de colegio.

GUER. Es maravilloso. Ya sabe que estás aquí.

RANSON ¿En su casa de usted?

GUER. Sí.

RANSON Pues lo que es yo no se lo he dicho.

GUER. Tiene que hablarte y me ruega que te haga quedarte á almorzar.

RANSON ¡Cuánta amabilidad!

GUER. Daría cualquier cosa por saber lo que tiene que decirte.

RANSON Niñerías, de seguro.

GUER. ¿Te quedas?

RANSON Me quedo.

GUER. Solo que no tendrás la pretensión de presentarte con esas trazas. ¿No tienes una levita, un chaquet?

RANSON Pienso hacerme una... No, tío, tranquilícese usted. Tengo una nuevecita.

GUER. Pues anda, date prisa. El Prefecto viene de Grenoble en automóvil. Estará aquí dentro de nada. (Viendo entrar á Jaime.) ¡Ah!

ESCENA IX

DICHOS, JAIME; luego MARTA

RANSON (Adelantándose á Jaime y tendiéndole la mano.) Hola, Jaime, ¿cómo estás?

JAIME (Primeramente sorprendido, luego adelantándose tendiéndole la mano.) Adiós, Esteban.

MARTA (Acercándose á Ranson.) ¡Esteban! Tanto bueno por aquí. (Tendiéndole la mano.)

RANSON (Besándosela galantemente.) ¡Querida prima! Por usted no pasa día. Tan guapa y tan fresca como cuando me fuí. ¡Parece que fué ayer!

MARTA ¡Qué amable y qué galante! (Pausa. Jaime y Gueroy se hacen señas disimuladas.)

RANSON ¡Ya, ya! Mi tío os va á contar mientras yo haga una escapada para ponerme un poco más decente. En cinco minutos voy y vuelvo en la tartana. (Se va.)

ESCENA X

GUEROY, JAIME, MARTA.

GUER. (Respondiendo á los apremiantes gestos de interrogación de los otros dos.) Sí; acaban de ocurrir cosas increíbles... ¡Me ha devuelto mi dinero!

JAIME ¿Esteban?... ¿Qué me dices?

GUER. Me ha dado cuarenta mil francos. Parece mentira, ¿eh? Pues no hay más remedio que creerlo: ¡míralos!

JAIME Entonces, ¿ha hecho fortuna?

MARTA ¡Tanto mejor!

GUER. En todo esto hay un misterio.

JAIME ¿Por qué? No es tan difícil enriquecerse en las colonias... Sobre todo un muchacho listo, emprendedor como Esteban...

GUER. No sé si se ha hecho emprendedor... es posible. Lo que sigue siendo es tan pretencioso y tan charlatán como antes. Había que oirle contándome cómo ganó los primeros cien mil francos. ¡Ni que fuese el primer hombre del mundo capaz de hacer dinero! Me ha hablado también de nuestra fábrica, con unos aires de protección... Ya sabremos si su fortuna es tan sólida como la nuestra.

JAIME Sea como sea, debemos darnos por contentos. Al fin y al cabo es un pariente nuestro, ¿no te parece?

GUER. ¡Oh, sí .. sí, naturalmente!

MARTA Hay que alegrarse.

JAIME Acuérdate de tus temores de hace un momento. Por mi parte, prefiero verle rico á

que nos cayese encima un pariente tronado...

GUER. ¿Qué quieres? El tal sóbrinito me saca de quicio con su aplomo... ¡Está de Dios que siempre me irrite!...

JAIME Yo creo que en lugar de disgustarte con él valdría más atraerle, fomentar en él ideas de familia, de hogar, borrar de su mente malos recuerdos... Es nuestro más cercano pariente después de todo, y eso no hay que olvidarlo en estos tiempos de tendencias demoledoras y de familias divididas. ¿No te parece, Marta?

MARTA ¡Ciertísimo!

JAIME (A su padre.) Con la autoridad que tú tienes sobre él y el respeto que le inspiras, debías...

GUER. ¡Oh! Justo es reconocer que en ese punto ha estado correctísimo y ha comprendido bien el tono en que debía hablarme.

JAIME Tengo la impresión de que después de haberse visto solo tanto tiempo desea acercarse á la familia... seguir tus consejos.

GUER. ¿Esteban? Si se deja haré de él lo que quiera, ¿entiendes? ¡lo que me dé la gana! Se cree muy fuerte y no es más que una criatura.

JAIME Tal es mi opinión.

GUER. (Yendo á la puerta.) ¡Ah, aquí está ya el Prefecto!

ESCENA XI

DICHOS y el PREFECTO

PREF. (Entrando.) Querido Gueroy. (Saludando á Marta.) ¡Señora!... (á Jaime.) Amigo mío... (A Gueroy.) ¿Ha recibido usted mi carta?

GUER. Será para mí una orden.

PREF. Es usted muy amable.

GUER. Verá usted á mi sobrino, que agradece tanto su buen recuerdo.

PREF. Hemos sido condiscípulos. Nos tuteamos.

GUER. También almorzarán con nosotros la baro-

nesa de Lussan y su hija, ¿creo que ya las conoce usted?

PREF. Solamente á la baronesa. La conocí en sus buenos tiempos.

GUER. ¡Pobre baronesa! Va estando ya algo averiada..

PREF. Cuando vivía el barón era otra cosa. Entonces... no creo que sea calumniarla recordar...

GUER. ¡Para lo que ella lo ocultaba!...

PREF. Su intimidad con Courtray...

GUER. Intimidad que continúa... por lo menos en forma de estrecha y buena amistad. Por cierto que ella disimula mal su impaciencia por ver otra vez á Courtray en el poder, cosa que va para largo.

PREF. ¿Quién sabe?... Es otra vez diputado influyente... Se agita, escribe, habla.. Su último discurso era casi un programa. En la Cámara tiene su grupo... No hay que perderle de vista. (Viendo á la Baronesa que llega con su hija.) Señora...

ESCENA XII

DICHOS, la BARONESA y LUCÍA

BAR. Tanto gusto en verle, amigo mío, después de los años mil. ¡Qué tiempos aquellos! Mejores que estos, aunque todavía no fuese usted Prefecto.

PREF. Con mucho gusto he sabido que era usted una de mis administradas.

BAR. Sí; me he instalado por estas tierras mientras vienen tiempos mejores .. ¿Cuáles? Usted lo sabrá mejor que yo... ¡Vaya un político!... En fin... Le voy á presentar á usted á mi hija.. Lucia.

LUCÍA ¡Mamá!

BAR. (Presentando.) Señor Prefecto, mi hija. (Bajo á Lucia.) Vamos, no tengas esa facha de colegiala, ponte derecha.

PREF. (A Lucia, muy galante.) ¡Señorita!...

BAR. Dispénsela usted, es muy tímida.

PREF. (A Gueroy.) Si usted me lo permite, mientras llega la hora del almuerzo desearía dar una

vuelta por la fábrica... No la he visto desde que la han agrandado ustedes tanto.

GUER. Y aún pensamos agrandarla más. Con mucho gusto. Venga usted, yo seré su cicerone. ¿Vienen ustedes? (Sale el Prefecto con Marta, seguido de Gueroy y Jaime. La Baronesa retiene por la mano á Lucía, diciendo á Jaime que se apartaba para dejarlas pasar delante.) Somos con ustedes, somos con ustedes.

ESCENA XIII

LA BARONESA, LUCÍA; luego GENOVEVA

BAR. Eres incorregible. ¿En qué lengua he de decírtelo? Cuando te presente á alguien ponte derecha, mírale á la cara, sonríe; en fin, ten el aire de una señorita y no de una chiquilla hurona!

LUCÍA (Ingenuamente burlona.) ¡Piensa en la boda!

BAR. Pues ya lo creo. ¿No tienes tanta gana de volver á París, de brillar, de vivir allí, como yo he vivido en otros tiempos, en medio del lujo, del éxito? ¡Cuando pienso lo que yo era á tu edad!

LUCÍA Nos pasamos la vida discutiendo lo mismo. ¡Si vieras lo divertido que es!

BAR. ¿De modo que no quieres casarte?

LUCÍA Sí; pero no con el primero que llegue. Quiero casarme con el que me guste, con el que quiera.

BAR. Pocas frasecitas, ¿eh? No mides tus palabras.

LUCÍA No hay medio de hablar en serio contigo, mamá. Me cortas siempre la palabra. Bueno, me callaré.

BAR. ¿Es que te has fijado ya en alguno? (Silencio de Lucía.) Dí.

LUCÍA Sí.

BAR. ¿Quién?

LUCÍA Un joven.

BAR. Por supuesto. ¿Le conozco yo?

LUCÍA Sí.

BAR. ¿Cómo se llama?

LUCÍA No puedo decírtelo.

BAR. ¿Te has fijado en un hombre y no puedes decirle á tu madre cómo se llama?

LUCÍA Ya te lo diré... cuando él me quiera... Por ahora no me quiere todavía.

BAR. ¿Estás loca?

LUCÍA No.

BAR. ¿Es digno de nosotras? ¿Rico? ¿Bueno? ¿Buena posición? Sepamos al menos...

LUCÍA Una posición magnífica. Muy guapo, muy elegante, ideal.

BAR. (Después de reflexionar.) ¿El diputadito? ¿Andrés Varéze?

LUCÍA (Echándose en los brazos de su madre.) Sí, mamá, el mismo. No puedo guardar más el secreto.

BAR. ¿Y desde cuándo estás enamorada de él?

LUCÍA No lo sé... Ayer le encontré. Pasaba á caballo y me saludó sonriendo. Después pensé en él todo el día. ¡Le quiero!

BAR. Estás como una mata de habas.

LUCÍA No, mamá... Sólo que yo tengo voluntad y tú no.

BAR. (Después de una pausa.) Cierto que sería el marido ideal. (Bajando la voz.) ¿Pero no sabes, desdichada, que le hace el amor á Genoveva?

LUCÍA Eso es cuenta tuya. Mientras no se hayan casado hay esperanzas. Con que ocúpate tú, intriga, convídale á casa. Ten energía, y en vez de pensar en cosas indeterminadas, como casarme con el último que llega...

BAR. Déjame pensarlo. Y entre tanto cállate y ven. (Genoveva entra mientras ellas están todavía en la puerta de la terraza.)

GEN. ¿Ha venido ya el Prefecto?

BAR. Sí, está dando una vuelta por la fábrica.

GEN. Entonces ya no falta nadie. Voy á decir que pueden servir. Vengan ustedes todos pronto. (Se van la Baronesa y Lucía.)

ESCENA XIV

GENOVEVA; luego RANSON

GEN. (Mirando por la balaustrada.) Un señor. (Se inclina para ver mejor) Me parece que le conozco...

Sí... pero si es... (Aparece Ranson: levita ó chaquet corto, pantalón nuevo, pero con las botas altas.)

RANSON (Inclinándose.) Señora...

GEN. ¡Ranson!... ¡No me conoce! .. Ni me conocerá mientras no le diga... (Alegremente.) ¿Cómo va, Estebanillo?

RANSON ¡Calla, si es Genoveva!

GEN. La misma... (Ranson le tiende la mano.) ¡Un abrazo! ¡En seguida, un abrazo!

RANSON ¡Y con qué gusto! (La abraza tierna y respetuosamente.) Pero ahora déjeme usted que la mire bien. ¡Es admirable!

GEN. He cambiado mucho, ¿verdad? Desde aquel día que al marcharse me cogió usted en brazos, ahí mismo, en ese riconcito del jardín, y dándome un par de besos en cada carrillo, ¿á que no se acuerda usted de lo que me dijo? ¿No? Pues yo sí, porque entonces me dió mucha risa, pero luego, cuando han ido pasando los años, no me ha hecho tanta gracia. Pues me dijo usted—entonces nos tuteábamos—«tú, chiquilla, eres lo único bueno que hay en la casa».

RANSON Y esa sigue siendo mi opinión.

GEN. ¿Quiere usted callarse... y dejarme también que le mire despacio?

RANSON (Riendo.) ¡Yo sí que he cambiado!

GEN. Bastante.

RANSON ¿Represento doble edad de la que tengo?

GEN. Eso será según la que tenga usted.

RANSON Nada más que cuarenta y dos. ¿Le parece á usted poco?

GEN. El doble; ¡sí que me parece demasiado! (Riendo.) No, en realidad no ha envejecido; lo que ha hecho ha sido... ensanchar. ¡Era usted tan delgadito!

RANSON ¡Yo! ¡Calle usted, por Dios! ¿Tan esbelto?

GEN. ¡Como un junco! Pero, Dios mío, y eso que tiene usted en la cara, ¿qué es?

RANSON Poca cosa, un golpe de azagaya, un arma así como una lanza pequeña, un especie de dardo... que deja una señal por este estilo.

GEN. ¡Las cosas que le habrán pasado en todo este tiempo por aquellas tierras!. . Ya nos contará.

RANSON Si eso les divierte... Tú, perdón, usted sí

que ha hecho buenas cosas. (Señal de extrañeza en Genoveva.) Crecido, embellecido... Esbelta, graciosa, encantadora...

GEN. ¡Eh! ¡Basta, basta!... Pero ahora que caigo, ¿se ha reconciliado usted con su tío?

RANSON ¿Estábamos reñidos?

GEN. Así parece.

RANSON Pues nos debemos haber reconciliado, porque hoy almuerzo con ustedes.

GEN. ¡Cuánto me alegro! Entonces nos veremos á menudo... Dentro de ocho días volvemos á París. ¿Usted también, por supuesto?

RANSON Genoveva, ¿quiere usted hacerme un gran favor?

GEN. Ya lo creo, ¿cuál?

RANSON ¿Me va usted á dar palabra de que es muy feliz?

GEN. ¿Tanto se alegraría usted de saberlo?

RANSON ¡Mucho más!

GEN. Pues bueno, soy muy feliz, ¡mucho!... Y ya le haré á usted poquito á poco algunas confidencias.

RANSON Vengan.

GEN. ¡Ah, no! Más adelante, cuando me haya vuelto á acostumbrar á usted... á sus nuevas trazas... y á esa cicatriz .. Y creo que acabaré por decirle á usted cosas que no me atrevo á decirle á nadie. Aquí... ya ve usted, no puedo...

RANSON Ya, sí... son todos egoístas... pero sin siquiera ese egoísmo que es una forma del valor.

GEN. Le prohibo á usted que hable así de su familia.

RANSON Tiene usted razón, soy un ingrato.

GEN. (Riendo.) ¡Y tanto!

ESCENA XV

DICHOS, la BARONESA, LUCÍA, y luego sucesivamente, el PREFECTO con GUEROY, MARTA y JAIME; FRAMIÉ

BAR. (Adelantándose.) Querido Ranson... Tanto gusto... Ya me han dicho... (Tendiéndole la mano.)

RANSON El gusto es mío, Baronesa.

BAR. (Presentando.) Mi hija... ¿Pero dónde se ha

metido? (Yendo á buscarla á un rincón, donde se había hecho la rezagada; por lo bajo.) ¡Niña, ponte derecha.)

LUCÍA ¿Otra vez, mamá?

BAR. ¡Es por principio! (Trayéndola por la mano.) Mi hija.

RANSON Señorita...

PREF. (Entrando.) ¡Ah! ¡Aquí está! ¿Cómo va, Ranson?

RANSON Muy bien, ¿y tú?

PREF. Ya puedes alabarte de haberme dado que hacer desde que llegaste.

RANSON ¿Cómo?

PREF. Vigilándote, haciéndote seguir; ¿no has notado que te seguían todos estos días?

RANSON Nada.

PREF. Tengo buenos perros. No se me ha escapado ni uno de tus actos, ni uno de tus gestos, ni uno de tus pasos. Verdad es que no has hecho nada malo. Pero si no hubiéramos sido compañeros de colegio, puede que á estas horas, en vez de almorzar contigo, te hubiera metido en la cárcel.

RANSON Muchas gracias por la atención... Pero ¿á qué debo tanto honor? ¿A todas esas tonterías que dicen los periódicos?

PREF. ¿A eso llamas tonterías? Has puesto al Gobierno en un brete. Le interpelan. La oposición se sirve de ti para acusar al Ministerio de debilidad y cobardía en nuestra política colonial. Le reprocha doblegarse ante las amenazas de un reyezuelo negro.

GUER. ¡Cuándo llegará el día en que no haya oposiciones!

PREF. (A Ranson.) A propósito. ¿Piensas ir pronto á París?

RANSON No tengo gran prisa. Lo mismo me da...

PREF. ¡Vaya una calma! ¿Pero no sabes que es indispensable que estés allí mañana, á la disposición del ministro, al abrirse la sesión de la Cámara?

RANSON ¿Yo?

PREF. Y para decírtelo personalmente he querido verte hoy aquí.

RANSON ¿Y... si por cualquier motivo me negase á ir?...

PREF. Me vería obligado á hacerte prender en cuanto almorcemos y á enviarte á París por los medios usuales en caso semejante.

RANSON Es cuanto quería saber. Puedes estar trantranquilo. Mañana, antes de mediodía, estaré en París.

PREF. ¿No te molestará viajar con un muchacho simpático y muy amable?... Escogeré lo mejor que tengo...

RANSON Nada de eso. Me llevará el saco de viaje.

PREF. ¡Vamos, hombre!... Comprendo que los periódicos puedan equivocarse ó exagerar... Pero en realidad, ¿qué ha sido eso de Africa? Bien puedes contárnoslo aquí en familia.

GUER. Sí, sí. Esteban, cuéntanos.

BAR. Cuente usted.

RANSON No tengo inconveniente. Pero la cosa no valía la pena... Tengo allá un gran establecimiento para la explotación de un bosque. Los negros de las tribus colindantes vienen á merodear y á robarnoe; los echamos á garrotazos y las cosas no suelen pasar nunca á mayores. Pero un día, hace poco, volvieron en gran número, lo invadieron todo y quisieron pegar fuego á la factoría. Mientras parlamentábamos, nos armamos. Algunos de nuestros obreros son casados y las mujeres empezaron á asustarse y á perder la cabeza. Una de ellas, sobre todo, mujer de un contramaestre, una parisianita rubia, pizpireta, alegre; verdadera griseta, se empeñó en no dejar solo á su marido. De pronto un negrazo terrible alzó sobre ella la azagaya y, ¡qué demonio! no nos dió la gana de que la estropeasen la cara., y los revolvers comenzaron á hacer de las suyas.

LUCÍA ¡Muy bien hecho!

RANSON Una docena de agresores cayeron muertos ó heridos; los otros desaparecieron, y su reyezuelo mandó una embajada al gobernador de la colonia para quejarse de nuestra conducta. Ni más ni menos.

GEN. Y la griseta ¿recibió el golpe?

RANSON No; lo recibí yo. Me correspondía por derecho propio, siendo allí el amo. (Al Prefecto.)

Tengo todos los testimonios, todas las pruebas. Puedes escribírselo al ministro.

PREF. Es mejor que se las enseñes tú mismo. La cosa me parece clarísima.

GUER. No deja de ser cierto, sin embargo...

CRIADO (Que hace un momento apareció y habló con Marta.) ¡La señora está servida!

RANSON (Al Prefecto.) Haz el favor de decirle á mi tío que no soy ningún malhechor. Si no se lo dices tú, no acabará de creerlo.

MARTA ¿El brazo, señor Prefecto?...

GUER. (A Ranson mientras los demás invitados siguen á Marta y al Prefecto.) Oye tú, las cosas claras. No vayas á figurarte que te convido porque vuelves rico.

RANSON ¿Pero, de dónde va usted á sacar?...

GUER. Te convido porque eres mi sobrino.

RANSON ¡Desde luego, tío, por de contado!... Y sobre todo, para mí todo eso no tiene la menor importancia. Me convida usted por una porción de razones que ni usted mismo atina á discernir... Porque soy su sobrino... Porque se alegra usted de volverme á ver... Porque hace una hora estuvo usted á punto de ponerme en la puerta y siente usted un poquito de remordimiento... Porque en otros tiempos me dió usted buenos consejos y yo no le hice caso... (Cogiéndole del brazo.) ¡y vaya, porque sí!... (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En casa de Gueroy, en París. Una sala elegante

ESCENA PRIMERA

MARTA FRAMIÉ, luego RANSON

MARTA ¿Está usted bien seguro? ¿No exagera usted?...

FRAMIÉ Hace treinta años, señora, que estoy en la casa. Conozco la situación al dedillo. Y creo haber cumplido con mi deber al ponerla claramente ante sus ojos de usted...

MARTA Sí, Framié, sí...

FRAMIÉ Su marido de usted tiene ese peligroso temperamento que lleva á tantos en la vida á jugar la doble, ¿sabe usted lo que es la doble?, pues cada vez que se pierde doblar la puesta, hasta que se gana... Por ejemplo, juega usted mil francos, los pierde... pues pone usted dos mil... y así sucesivamente.

MARTA ¡Es horrible!

FRAMIÉ Su marido de usted, desde que la fábrica empezó, hace tres años, á producir poco, se lanzó á especular en Bolsa, en lugar de tomarlo con paciencia—que era lo práctico—y esperar años mejores, pues no hay bien ni mal que cien años dure. Por desgracia, cuando los tiempos abonanzan, toda ganancia está ya devorada por adelantado, y así se explicará usted también que el señor Gue-

roy, viendo prosperar la fábrica, no haya jamás sospechado que, fuera de ella, su hijo especulaba desastrosamente por cuenta propia.

MARTA ¿De modo que hoy por hoy?...

FRAMIÉ Si han vuelto ustedes á París antes de tiempo, ha sido para hacer frente á la tormenta. Ya está usted enterada. Tenga usted serenidad. No se precipite y espere para intervenir cuando sea preciso. Me parece una excelente idea la de recurrir á su primo. El señor Ranson ha salido adelante de sus propios apuros y contrariedades muy hábilmente, y de su última aventura con gran éxito. ¿Quién tuvo la idea de dirigirse á él?

MARTA Mi suegro.

FRAMIÉ Pero debe ser su marido de usted quien se la ha inspirado.

(Mientras dice esta última frase, entra un Criado y habla en voz baja á Marta.)

ESCENA II

DICHOS, RANSON, luego GENOVEVA

MARTA (Respondiendo al Criado.) Que pase en seguida. (Vase el Criado.) Es él, no se vaya usted.

RANSON (Entrando.) Querida prima... Amigo Framié...

(Viste, aunque con cierta soltura y sin acicalamientos más «civilizadamente» que en el acto primero.)

FRAMIÉ ¿Ya empezará usted á estar tranquilo después de la vida que de un mes acá le han hecho llevar?

RANSON Muchas gracias por su interés. Vamos viviendo. (A Marta.) Me he encontrado al llegar al hotel con una amabilísima invitación de Genoveva para tomar aquí el té esta tarde y vengo á excusarme, porque tengo tantísimas cosas que hacer... (Genoveva entra á estas últimas palabras.)

MARTA Pues ahí la tiene usted.

GEN. ¿Cómo va, Esteban?

MARTA ¿De todos modos se dejará usted ver esta noche?

RANSON Eso sí, después de comer; me han convidado unos amigos.

MARTA Pues hasta la noche. Tengo que hablar con Framié y le dejo á usted.

FRAMIÉ Hasta la noche; yo también estoy invitado. (Se va con Marta.)

ESCENA III

RANSON y GENOVEVA

GEN. Todo eso está muy bien, pero yo le necesito á usted sin remedio esta tarde... Vaya usted á sus asuntos, despáchelos á escape y vuelva usted.

RANSON ¿Se puede saber para qué soy tan necesitado?

GEN. Para presentarle á usted á todas mis amigas.

RANSON ¿Eh?

GEN. Y á un amigo que desea mucho conocerle. Usted no se da cuenta de que es el hombre del día. Los periódicos no hablan más que de usted.. ¡Las cosas que le han pasado en un mes! Si parece un sueño. Le tratan á usted de aventurero en plena Cámara... Un diputado pide su detención inmediata y me lo meten á usted en chirona dos semanas. Medio París, yo inclusive, le visita á usted en la cárcel, de donde acaba usted por salir triunfante. Pues, hijo mío, en París cuando á uno le suceden todas esas cosas no hay derecho á esquivar la admiración de las niñas bonitas.

RANSON Ganas me dan de volverme á Africa.

GEN. Poquitas bromas, ¿eh? ¡Vaya un salvaje! ¡Con tantos éxitos y esa cara de pocos amigos! ¿Es que no se divierte usted en París?

RANSON No.

GEN. ¿Pues qué le falta?

RANSON Y no solo no me divierto, sino que tengo la desagradable impresión de ser el único que no se divierte. Cuando me fuí hace diez años, era un vagabundo indigno de vivir entre personas formales y ordenadas y de tratar con familias respetables. Pues ahora

es todo lo contrario. Me parece que yo, el bohemio de marras, soy el hombre formal y que París está poblado de vagabundos. No sé hablar con los hombres ni con las mujeres. Me resultan estúpidos los que pasan por más ingeniosos, indignidades las acciones que parecen más naturales... Y cuando me encuentro con una muchacha encantadora como usted, me siento torpe y adocenado. Quisiera decirle á usted algo bonito... algo delicado... algo... difícil... interesarla... conmoverla... pues nada, no sé... no puedo, vaya, que no acierto. Más me vale marcharme á Africa, créame usted.

GEN. Yo le curaré á usted. Porque todo eso no es más que una enfermedad, que se llama misantropia.

RANSON ¿Pero, criatura, sabe usted siquiera lo que es un misántropo?

GEN. Sí, un hombre que nos obliga á reflexionar; lo cual es muy fastidioso.

(Entra Gueroy.)

ESCENA IV

DICHOS, GUEROY; luego JAIME

GEN. (A Gueroy.) ¿Verdad que Esteban no tiene más remedio que venir para la hora del té?

GUER. Ya lo creo. Sobre todo porque tengo yo que hablarle.

RANSON ¿A mi, tío?

GUER. Sí, chico. Tenemos que hablarte Jaime y yo de algo que te concierne y me anda dando vueltas por la cabeza hace ya tiempo. De seguro ha de agradarte. Ya se lo he dicho á tu primo y le ha parecido muy bien.

JAIME (Que acaba de llegar.) Perfectamente.

GUER. No he querido decirte nada hasta ver cómo se arreglaban tus asuntos, bastante complicados, en verdad sea dicho.

RANSON ¿No creo que me haya usted visto muy preocupado por ello?

GUER. Nosotros nos preocupábamos por ti... Pero no importa... Te he visto en plena lucha,

he podido estudiar tu carácter... Hay que hacerte justicia: has cambiado mucho, te has hecho todo un hombre. Realmente se puede uno interesar por ti.

RANSON Gracias por ese concepto... Y, por mi parte, si en algo puedo serle agradable...

GUER. No se trata de agradarme á mí. Se trata de ti, de tus intereses...

RANSON ¿Mis intereses?

GUER. Unicamente.

RANSON ¡Me intriga usted!...

GUER. Ya te lo explicaré todo luego... Ahora no hay tiempo... Espero noticias de la Cámara... Espero á la Baronesa... (A Genoveva.) ¿No ha venido aun la Baronesa? ¡Es inaudito!

RANSON Le dejo á usted, tío. Esta usted muy preocupado.

GUER. Sí, hasta luego. No dejes de venir.

GEN. Y á ver si está usted aquí á las cinco; dese usted prisita.

(Le acompaña hasta la puerta y vuelve.)

ESCENA V

GUEROY, JAIME y GENOVEVA

GUER. ¿Y Varéze, tampoco ha venido?

GEN. Tampoco.

GUER. ¿Pero en qué piensan? ¿Qué harán? Les había encargado tenerme al corriento al minuto... Llevamos tres días en plena crisis ministerial. Esto no puede durar mucho, el malestar del país aumenta .. (A Jaime.) ¿Has estado hoy en la Cámara?

JAIME ¿Para qué?

GUER. Para informarte... para indagar... Aquí nadie se da cuenta de la importancia de los sucesos más que yo.

JAIME ¿Pero á nosotros qué nos importa la política?

GUER. ¡Eres notable! ¿Cómo cayó el ministerio? Por la interpelación sobre política colonial. ¿Quién dió motivo para la interpelación? Un pariente nuestro, un sobrino mío, tu primo. Luego somos solidarios. Y debemos estar

oien con el próximo gabinete, puesto que hemos contribuído á derribar el anterior.

JAIME Eso sí.

GUER. De modo que debes comprender mi impaciencia por recibir noticias.

(Entra Andrés.)

ESCENA VI

DICHOS, ANDRÉS

GUER. Hola, ¿qué hay?

AND. (Dándole la mano.) Pues se confirma el rumor de que Courtray formará gobierno.

GUER. ¡Courtray! ¡Es maravilloso! Razón tenía la Baronesa en venirse á escape á París apenas se inició la crisis... Después de todo, tanto mejor. Courtray es un amigo. La Baronesa nos lo presentó hace tiempo... Y en la Cámara, ¿qué se dice?

AND. Viendo venir.

GUER. ¿Y usted? ¿su actitud personal?

AND. No he tomado aun ninguna... Como he sostenido al anterior gabinete...

GUER. La cuestión es sostener al siguiente.

AND. Eso dependerá de él... con tal que dure... (Yendo á Genoveva, á media voz) ¡Genoveva!

GEN. (Lo mismo.) ¡Andrés!... ¡Dichosos los ojos!... ¿Dónde ha estado usted todos estos días?

AND. No he tenido un minuto libre. He hecho dos discursos. . ¿los ha leído usted siquiera?

GEN. Sí.

AND. ¿Y qué tal le han parecido?

GEN. A mí, excelentes.

AND. Gracias. (Volviéndose á Gueroy.) Y á propósito de discursos, me presentarán ustedes á Ranson. Hay que disipar toda molestia entre nosotros. Cuando salí de Grenoble ignoraba que fuese pariente de ustedes. Al día siguiente surge el incidente en la Cámara. Uno de la oposición reprocha al gobierno dejar indefensos á nuestros compatriotas en el extranjero. La canción de siempre. Yo tomo la palabra y vitupero á esos aventureros que comprometen el buen nombre fran-

cés y desorganizan nuestras colonias. Me aplauden, me dejo llevar del calor de la improvisación y pido la prisión inmediata de Esteban Ranson... Yo no sabía una palabra del asunto, pero ¿qué quiere usted? la política es la política.. Pocos momentos después supe que era sobrino de usted; ya era tarde...

GEN. El pobre Esteban ya estaba en la cárcel.

AND. Pero el daño está reparado. Ante la comisión investigadora probó haber obrado con todo su derecho. Así se reconoció por unanimidad y se le puso en libertad inmediatamente. No creo que Ranson tenga motivos para guardarme rencor.

GUER. ¡Ni por pienso!

GEN. Y, además, yo me encargo de eso.

(Entran la Baronesa y Lucía.)

ESCENA VII

DICHOS, la BARONESA y LUCÍA

BAR. ¿Llego á tiempo?... ¡Vaya un día! (Dando la mano á unos y á otros.) ¡Hola, Gueroy; hola, hija mía! ¡Adiós, Jaime! (Lucía y Genoveva se besan.)

LUCÍA Adiós, Genoveva. ¿Qué tal Varèze? El otro día le oimos á usted.

AND. ¡Es usted tan amable!...

LUCIA Muy bonito discurso. Habla usted divinamente, ¿verdad, mamá?

BAR. Hace tiempo que Varèze tiene justa fama de elocuente.

LUCÍA Sí; pero el otro día estuvo inmenso.

AND. Usted me confunde.

LUCÍA Lo digo como lo siento.

GUER. (A la Baronesa.) ¿Habrá usted visto á Courdray?

BAR. Hace un momento, la niña y yo.

LUCÍA ¡Y poco contento que está mi padrino!

BAR. ¡Tienes un modo de decir las cosas! No está contento, está dispuesto á cumplir con su deber; á sacrificarse, si es preciso.

GUER. ¿De modo que?...

BAR. De modo que está ahora con el Presidente de la República. Ya comprenderá usted mi ansiedad.

GUER. Triunfaremos, querida Baronesa, créame usted.

BAR. Así lo espero. Pero estas cosas, hasta verlas hechas... Después de tantos años de esperarlo... Courtray es un amigo de toda la vida, el padrino de mi hija, nuestro protector; no hay para qué ocultarlo.

GUER. ¿Y por qué lo había usted de ocultar?

BAR. ¡Hay tan malas lenguas!

GUER. Calumnias, que de puro olvidadas...

BAR. Pero que mis enemigos querrán acaso resucitar.

AND. ¿Y cuándo sabrá usted el resultado definitivo?

BAR. Esta noche, (A Gueroy.) y á riesgo de pasar con usted por indiscreta, he dicho á Courtray que pasaba aquí la velada, en *petit comité,* rogándole me enviase dos letras para tenerme al corriente, á lo cual me contestó que, como tendría sumo gusto en verle á usted, vendría él en persona á traernos noticias.

GUER. Pues ya lo creo, querida Baronesa; usted está aquí en su casa, y nosotros muy honrados...

JAIME ¡Y tanto!

BAR. Y ahora quisiera descansar de política siquiera un ratito. Todas estas historias me tienen rendida.

GEN. ¿Tomará usted una taza de té con nosotros?

BAR. Con muchísimo gusto.

GEN. Vamos á prepararlo en la *serre.* Venga usted á ayudarnos, Varèze. ¿Viene usted, Lucía?

LUCÍA Sí, voy, voy. (Bajo á su madre, mientras salen Genoveva y Andrés.) ¡Me atacan á los nervios!

BAR ¡Por Dios, cállate!

LUCÍA ¡Si los dejas casarse voy á hacer alguna atrocidad! ¡Ay, mamá; cada vez que veo á Andrés no sé lo que me pasa!

BAR. ¡Quieres callarte! Estás faltando al respeto á tu madre. Basta. Vámos, dame un beso y ven conmigo. ¡Qué chiquilla ésta! (A Ranson

que llega.) ¡Hola, Ranson, tanto gusto en verle!

RANSON ¡Querida Baronesa! Lucía... ¿Hace mucho tiempo que están ustedes en París?

BAR. Llegamos casi al mismo tiempo que usted.

LUCÍA Y estuvimos en la Cámara el día que le pusieron á usted verde. ¿Usted no estaba?

RANSON No. A usted ¿qué le pareció?

LUCÍA Muy dramático. Y á usted ¿qué efecto le hizo?

RANSON La verdad es que casi no lo noté.

LUCÍA ¿Y luego, cuando le rehabilitaron públicamente, debió usted ponerse muy contento?

RANSON Me reí como un tonto.

BAR. Adiós, Gueroy, hasta la noche. En cuanto tome una taza de té salgo escapada. No hay idea de las cosas que tengo que hacer esta tarde. Anda, niña. (Saludos. Se van la Baronesa y Lucía.)

ESCENA VIII

RANSON, JAIME y GUEROY

RANSON (A Jaime, continuando una frase comenzada por lo bajo mientras salía la Baronesa.) Conque sepamos...

JAIME Mi padre te lo explicará mejor que yo.

RANSON Lo que me dijo usted antes, tío, me tiene muy intrigado.

GUER. Se me figura que lo que voy á proponerte te dejará satisfechísimo.

RANSON Así lo espero.

GUER. ¡Ah, pero ante todo, las cosas claras!... Siéntate... Empiezo por decirte que me es completamente igual—y supongo que lo mismo le pasa á Jaime—que aceptes ó no lo que te voy á proponer... Eres completamente libre... Y no quiero imponerme en lo más mínimo, ¿eh?... Te hago una proposición y tú respondes sí ó no.

RANSON Esa manera de contestar me encanta.

JAIME Sin embargo, padre...

GUER. No, no quiero que éste crea que se le hace la forzosa y el día de mañana pueda reprochármelo.

JAIME Al menos habrá usted de decirle el móvil que nos guía.

RANSON Desde luego.

JAIME Queremos borrar antiguos disentimientos. Estrechar los lazos de familia.

GUER. Eso es.

JAIME Y devolverte una situación social que siempre has desdeñado, pero que te es indispensable ahora que piensas vivir en París.

GUER. Muy bien hablado. (Dando á Ranson cariñosos golpecitos en el hombro.) No eres tan tonto que no comprendas que ese es tu punto débil. Con razón ó sin ella subsisten contra ti algunos prejuicios. Se ha mezclado tu nombre á un escándalo. Has estado en la cárcel. (Gesto de Ranson.) Oh, sí, por política, eso es más bien honroso, sobre todo cuando se sabe tu inocencia...

RANSON Digo. Soy ahora tan popular como un criminal de veras.

GUER. Una cosa es la popularidad y otra es la consideración. Y esta es la que yo quiero para ti de ahora en adelante. Hemos de tratarnos más que antes. Esta noche te presentaré á Courtray, el futuro Presidente del Consejo. Todo el mundo sabe que eres mi sobrino; necesitas indispensablemente adquirir respetabilidad... Y esa respetabilidad, en París como en todas partes, consiste en un medio ambiente, en una familia, en personas respetables que respondan por ti.

RANSON Todo eso está muy puesto en razón. ¿Y entonces?...

GUER. Entonces, verás. ¿Ya conoces nuestra fábrica de Grenoble?

RANSON Sí.

GUER. Una de las más antiguas de Francia, una de las más sólidas. Yo soy su fundador, y está hoy en plena prosperidad.

RANSON Salvo un poco de descuido y de desorden en la explotación, que yo he notado al pasar por allí.

GUER. ¡Desorden! ¿Dónde has visto semejante cosa? ¿No vas á volver á empezar á darme consejos, eh?

RANSON (Riendo.) No, tío, no.

GUER. Cuando yo digo que la fábrica está en plena prosperidad, puedes creerlo.

RANSON Y lo creo.

GUER. Bueno. Pues esa fábrica queremos Jaime y yo agrandarla todavía más, y para eso emplear en ella grandes capitales que nos ofrecen de varios lados. Yo he creído entender que tú te has traído tu buen millón...

RANSON ¡Ptsch! Poco más ó menos.

GUER. Pues bien, te ofrezco, te ofrecemos poner una parte, y hasta si puedes y quieres, la mayor parte de esos capitales.

RANSON ¿A mí, tío?

GUER. Sí, á ti, Y, sin alabarme, es un verdadero regalo... Pero así, cuando me pregunten, con sonrisas más ó menos benévolas, de dónde sacas tu fortuna, me bastará contestar: «Mi sobrino tiene grandes capitales en mi casa», para tapar todas las bocas; y te doy mi palabra de que podrás presentarte sin cuidado en todas partes. ¡Me parece que no te quejarás!

RANSON Lejos de quejarme, tío, estoy agradecidísimo, me llega al alma, (Todo esto lo dice con gran calma y ligerísima fría ironía.) porque todo eso me prueba que no tiene usted de mí tan mala opinión como en otros tiempos.

GUER. Así es.

RANSON Y voy á ser tan claro y tan franco como usted. Se lo agradezco con todo mi corazón, pero no acepto.

GUER. ¿Qué salida es esa?

JAIME ¿Por qué no aceptas?

RANSON Por dos razones.

GUER. Pues me vas á hacer el favor de no dármelas; no tengo la menor curiosidad de conocerlas. ¿A mí qué me importa? He querido sacarte de la posición falsa en que te encuentras. ¿No quieres? ¡Buen provecho te haga! ¡Pon debajo que no te he dicho nada!

RANSON No se ponga usted nervioso, tío.

JAIME Dice bien. No vale la pena. Bien se puede...

GUER. Basta, basta. No vaya á creer éste que necesitamos su dinero. A mí me tiene sin cuidado tu dinero, ¿te enteras? ¡No faltaba más!

JAIME Pero...

GUER. ¡He dicho que basta!

JAIME De todos modos, si Esteban tiene sus razones para no aceptar, bien puede decírnoslas. (A Ranson.) Vamos, Esteban, ¿cuáles son esas razones? Podrán ser muy buenas, pero también se podrán discutir. ¿Dices que son dos?...

RANSON La primera es que no pondré mi dinero en negocio donde no sea yo el dueño absoluto.

GUER. ¡Eso jamás! El amo aquí soy yo. ¿Tendrás la pretensión de imponerme condiciones?

RANSON No tengo pretensión ninguna.

JAIME Pero, padre, ¿á qué irritarse? (A Ranson.) Sigue. Hablando se entiende la gente. ¿La segunda razón?

RANSON Es que pienso marcharme de Francia.

GUER. ¡Buen viaje!

RANSON (Cambiando de tono de pronto.) Y ahora tengo una tercera... Y es que hay aquí algo que no está claro. Me haceis el efecto de no estar de acuerdo entre vosotros. Palabra. Cualquiera diría que uno de los dos está fingiendo.

GUER. ¿Qué quieres decir?

RANSON No. No me decís francamente y de hombre á hombre lo que quereis de mí. Vamos, tío, no me va usted á hacer creer que así, de repente, ha sentido usted por mí un entrañable cariño. (A Jaime.) Y tú en pocos días no te has puesto á quererme como un hermano. ¿Entonces qué va jugado aquí? Hay en uno ó en otro una segunda intención. De seguro. Bueno, pues hablad clarito. No tengais cuidado de sacar á relucir vuestros trapitos, si los teneis. Al fin y al cabo soy de la familia.

GUER. Aquí no hay trapitos que valgan, ¿sabes tú? Y basta de conversación. No hay que hablar más del asunto.

RANSON (Yendo á Jaime que está cada vez más nervioso.) Vaya, entonces eres tú quien tiene algo que decirme. Sí, debes ser tú. Si supieras lo que yo me pirro por la franqueza, por la claridad en los negocios y en la vida, no seguirías callando ni mirarías de reojo á tu padre como si le tuvieses miedo.

GUER. (Acercándose á ellos.) ¿Qué quiere decir esto?

Ni Jaime ni yo tenemos secretos ni segundas intenciones.

RANSON (Apartando un poco á Gueroy de Jaime.) ¿No quieres decírmelo?

GUER. Nada tiene que decirte.

RANSON (Como antes y mirando muy cara á cara á Jaime.) ¿No? Pues me voy. ¡Adiós!

GUER. ¡Abur!

JAIME (Movimiento hacia Ranson.) ¡Esteban!

RANSON (Deteniéndose.) ¿Qué? (Los dos se miran.)

GUER. (Sorprendiendo esta mirada y poniéndose violento de pronto.) ¡Ah! ¿Es que también á mí me ocultan algo?

JAIME No, padre, nada. Te equivocas. (En este momento entra Marta.)

ESCENA IX

DICHOS y MARTA

MARTA (Que ha oído las últimas frases.) ¡No se vaya usted, Esteban!... Sí, padre, le ocultan á usted la verdad. Se lo ocultan todo...

GUER. (Amargamente.) ¡Ah!

JAIME ¡Marta! ¡Te prohibo!... ¿Qué sabes tú?... ¡No sabes nada!

MARTA Estamos perdidos si no tenemos el valor de confesárselo todo á tu padre y á Esteban... No hay más remedio. Déjame... No es posible seguir viviendo entre angustias y mentiras... ¡No puedo más! (Queriendo arrancarse de los brazos de Jaime que la contiene.)

RANSON (Yendo á Jaime.) Déjala hablar. Cuando se tiene un tumor más vale sajarle que tiritar de miedo y de fiebre. (Cogiendo á Marta por las manos.) Vamos, Marta, hable usted... No se apure... Usted es una mujer y las mujeres son para las grandes ocasiones, cuando hace falta gallardía, verdadera bravura. Así es como ellas suelen salvarnos. ¡Vamos, Marta, diga usted!

GUER. (Yendo á su hijo y sacudiéndole por un brazo.) ¡No: de ti es de quien quiero saber la verdad; toda la verdad!

MARTA Habla. ¡Por Dios te lo pido!

GUER. (Sin soltarle.) ¿Has perdido dinero? ¿En la Bolsa?

JAIME ¡Padre!

GUER. ¿Mucho?... ¿Todo?... ¡Pero cuánto!

JAIME ¡Escúcheme usted!...

GUER. (Sacudiéndole por los hombros.) ¡Y jamás me has dicho nada! ¡Es criminal ocultarme semejante situación!

RANSON (Separándolos.) Vaya, vaya, tío; no se ponga usted así. (A Jaime.) Vamos á ver. ¿Has quebrado?

JAIME (Desprendiéndose de su padre y yendo á Ranson.) ¡Estoy á punto de quebrar en Bolsa! En dos años he perdido sumas enormes y hoy día los acreedores me ahogan por unos ochocientos mil francos. Van á embargar la fábrica. Imposible encontrar dinero en ninguna parte. ¡Sólo tú puedes impedir mi desastre!... (Todo esto lo dice entrecortado y rápido.)

MARTA (A Gueroy.) Por Dios, padre, déjeles usted explicarse...

RANSON (A Jaime.) Sí... Lo que me pides es posible... Dependerá...

GUER. Antes es preciso que hablemos Jaime y yo.

JAIME (A Esteban.) Dí lo que exiges. A todo me avengo.

RANSON (Con calma.) Sí; puedo sacaros adelante... Duro será... pero puedo hacerlo... Pero la cosa es clara: si pago á tus acreedores no tengo para cobrarme más que la fábrica. Y para que me produzca ochocientos mil francos, hará falta un esfuerzo horrible... Es mi vida entera la que habrá que consagrarle. Es arriesgar cuanto tengo, cuanto he ganado en diez años de lucha y de trabajo... ¡Cosa grave!... Y por pura amistad tuya no puedo lanzarme á tal aventura, Mucha simpatía tengo también por tu santa mujer... pero no cambia uno su vida entera, no se juega uno el todo por el todo por mera simpatía. Hacen falta razones más poderosas, motivos más honrados. (Vacila.)

JAIME ¡Dí! ¡Habla!

RANSON (Bruscamente.) No. A ti no puedo decírtelo... ni á tu padre tampoco. ¡A Marta, sí; déjame con ella!...

GUER. (Llevándose á Jaime.) Sí, ven. ¡Que yo lo sepa todo! (Se va con Jaime.)

ESCENA X

RANSON y MARTA

MARTA Hable usted, Esteban.

RANSON (Paseándose mientras habla. Marta ansiosamente le sigue con la vista.) No sé cómo decírselo á usted .. Y, sin embargo, es preciso. Lo era ya antes de lo que aquí acaba de hablarse... Es menester que usted sepa lo que pasa por mí desde mi vuelta á Francia... Si no se lo dijese me creería usted loco... ¿Comprende usted?... ¿No adivina?... ¿No? Cuando se ha llevado una vida como la mía, en incesante aventura, al par que el cuerpo se endurece, el carácter se amarga, todo nuestro ser se transforma; y, sin embargo, en medio de tantas ruinas, el corazón sólo resiste, es lo único que sale ileso, como el niño escapado de un cataclismo... y entonces... Vaya, va usted á comprender... Yo estoy enamorado de Genoveva.

MARTA ¿Usted, Esteban? ¿Usted enamorado?

RANSON ¡Como un cadete!... Al volver á encontrarme aquí con aquella criatura que dejé tan chica, tan débil, ahora crecida, hermosa, franca, inteligente, he sentido ante ella doblegarse toda mi rudeza, suavizarse toda mi acritud, hasta disiparse todos mis deseos de revancha que tan lejos me habían llevado. Había conocido el sufrimiento muchas veces, pero sufriendo groseramente, como un animal sufre simplemente hambre ó frío... Ahora comprendo que soy capaz de sufrir como un hombre civilizado... Quiero á Genoveva, Marta; la quiero... con toda mi alma, con todas mis fuerzas. Lo que voy á decirla á usted quizás sea muy duro, muy cruel para usted... pero hemos llegado á uno de esos momentos en que no es posible mentir ni engañar... La franqueza á veces engendra el dolor, pero la mentira produce

desastres. Bueno: la situación es clara como la luz. Yo no le pido á usted, no puedo pedirle, Genoveva; porque usted tampoco puede dármela, ni yo tomársela por fuerza... Pero si yo veo que algún día puede ser mi esposa, tendrán ustedes para salvarles hasta mi último céntimo y hasta mi última hora de trabajo... ¡Si no, no!

MARTA ¡Ah! ¡Qué felicidad sería para todos!... ¿Será posible?... ¡Sí, lo será!... Tengo la impresión, el presentimiento de que así ha de ser. ¡Sí; Genoveva puede llegar á ser su esposa!

RANSON Yo he creído comprender... Hasta ella misma me lo ha dado á entender varias veces... que se había fijado en alguno... ¿Usted sabe algo? ¿Se trata de un verdadero amor? ¿De un amor de mujer contra el cuál todo puede estrellarse, ó de un simple amorío de muchacha, indeciso y ligero?

MARTA Eso es, Esteban, eso creo, un capricho de niña, un amorío.

RANSON ¿Y él?... ¿Quién es?... ¿Joven? ¿Muy joven?...

MARTA Unos treinta años. Pero, no; eso no es serio .. Ella creerá amarle, pero en el fondo .. Genoveva es una muchacha moderna, ingenua, un poco irónica, pero ve claro... Tengamos esperanzas, Estéban.

RANSON Además, no sé si me hago exageradas ilusiones, pero me ha parecido que no soy para ella como los demás. Cuando me mira, sus ojos son burlones... Sí, sí, burlones... ¡pero, al propio tiempo brillan de un modo! Le juro á usted, Marta, que no me miran como á un vejestorio. Diríase que se da cuenta de la especie de fascinación que ejerce sobre mí... y á veces parece como si se divirtiera en hacerme palpitar con una sonrisa... ¡Ah, y en eso no me equivoco, no puedo equivocarme!

MARTA (Estrechándole la mano.) No... no debe usted equivocarse... ¡Ah! ¡Estéban, qué peso me quita usted de encima!... Ahora déjeme usted á mí. Yo la preguntaré... Esta misma noche, si tengo ocasión.

(Entra Framié.)

FRAMIÉ (Bajo á Marta.) Venga usted en seguida. El se-

ñor Gueroy está furioso con su hijo, y por ese camino no se arreglarán las cosas.

MARTA ¡Voy, voy! (A Ranson.) Me llaman, pero vuelvo en seguida. Espéreme usted.

RANSON Sí.

(Mientras Marta y Framié salen por un lado, entran por el otro Genoveva y Andrés.)

ESCENA XI

RANSON, GENOVEVA y ANDRÉS

GEN. Esteban, me alegro verle de vuelta. Le presento á nuestro amigo Andrés Varéze.

AND. No sabe usted cuánto me alegro de conocerle. Hace un momento decía aquí lo mucho que lamento los incidentes, puramente políticos, que por un momento nos han separado.

RANSON (Con sorpresa.) ¿Cómo?

GEN. ¿Ya no se acuerda usted?... El señor Vareze, diputado por Grenoble. El que hizo que le metieran á usted en la cárcel...

RANSON ¡Ah!... Tantísimo gusto. (Tendiéndole efusivamente la mano.)

AND. Crea usted que lamento...

RANSON (Con fina ironía.) Quien lo lamenta soy yo.

AND. Realmente, lo que Francia necesita es hombres audaces como usted. Espero que no me guardará usted rencor, que seremos amigos.

RANSON ¡Es usted muy amable!

AND. En las colonias, como en todas partes, es necesario iniciativa... En eso estamos de perfecto acuerdo... y de ello me felicito. Hasta pronto, pues. (Estrechándole la mano.) Repito que he tenido mucho gusto...

GEN. (Acompañándole á la puerta.) Hasta la noche.

AND. Hasta la noche. (Se va.)

ESCENA XII

RANSON y GENOVEVA

GEN. Y ahora que estamos solos: ¿qué le ha parecido á usted?

RANSON ¿El qué?

GEN. El... Andrés... Andrés Varéze.

RANSON (Mirándola fijamente.) ¡Ah!

GEN. No diré que si no le gusta á usted le daré calabazas... pero, la verdad, lo sentiría muchísimo. Deseo muy de veras que le guste. Quiero que sean buenos amigos. Vamos, diga usted, ¿cómo le encuentra?

RANSON Bien... muy bien.

GEN. ¿Verdad que sí?

RANSON ¡Hasta guapo!

GEN. ¿Verdad?... Y también muy listo... ¡No tiene pelo de tonto!... ¡Ay, qué gusto que le parezca bien, Esteban! ¡No se puede usted figurar la pena que me hubiese dado si le llega á hacer mala impresión!

RANSON ¿Lo sabe Marta?

GEN. Se lo figura... Usted es el primero á quien se lo digo... ¡No dirá usted que no le doy una prueba de cariño!

RANSON ¡Y no sabe usted cuánto se lo agradezco, Genoveva!... Pero, ¿dígame usted?... Y eso que no. ¡Vaya una pregunta! Una mujercita hecha y derecha como usted no toma semejante partido sin haber consultado hasta lo más hondo su corazón... sin estar bien segura de su cariño...

GEN. (Gravemente.) ¡Sí, Esteban, sí, le quiero!

RANSON ¡Y él se lo merece! Joven, guapo... ¿Hace mucho que se conocen ustedes?

GEN. Apenas tres meses... Su padre fué amigo de Gueroy. Su madre murió también... Está como yo, solo... Es curioso: no sé por qué me emociona contarle á usted todas estas cosas.

RANSON Pues crea usted, Genoveva, que hace usted muy bien en contármelas.

GEN. Estoy tan segura de que usted me quiere bien...

RANSON ¡Y mucho, Genoveva, mucho!

GEN. Pero, es curioso. Cuando le he contado á usted mis secretos, al anunciarle á usted mi matrimonio, creí que se iba usted á poner tan contento, que me iba usted á dar un gran apretón de manos, hasta un abrazo, como cuando nos volvimos á ver el mes pasado... ¡Y, al contrario, se ha puesto usted tan serio, con unos aires de hermano mayor!

RANSON No hay que hacerme caso. Todo eso pasará...

GEN. Entonces, venga esa mano.

RANSON ¡Ahí van las dos!

(Entra Marta.)

MARTA Esteban, Jaime quiere hablarle.

GEN. (A Ranson.) Hasta la noche. (Se va sonriéndole cariñosa.)

ESCENA ÚLTIMA

RANSON, MARTA

MARTA Le espera á usted en su despacho.

RANSON No, Marta, es inútil. Esto se acabó. Siento de veras haberla hecho concebir esperanzas. Me marcho. No me volverán ustedes á ver.

MARTA ¿Qué ha pasado?

RANSON He hablado con Genoveva. Le quiere. Le da su vida entera. ¡Ella misma me lo ha confesado con esa sonriente franqueza suya, como á un hermano mayor, sin darse cuenta de mi tormento, sin ver mi ruina!... No, no... ¿Qué quiere usted que yo haga con este cuerpo deteriorado, con este espíritu sin ilusiones, contra la juventud y la gallardía?.. Tiene razón de entregarse á un esposo joven, apuesto... Peor para mí... Cuando se ha abandonado el país, la familia, olvidado hasta los recuerdos de la infancia, como yo, no se debía volver jamás... Es horrible... ¡Adiós, Marta, adiós!

MARTA (Suplicante.) ¡Por Dios, Esteban! ¡Un poco de esperanza!... ¡Quizás se ha equivocado usted!... Déjeme interrogarla, confesarla. Todavía no conoce la situación; ignora que ella va envuelta en nuestra ruina...

RANSON ¡Oh! ¡No me hable usted de tal cosa!... Nada de combinaciones de ese género. ¿Me cree usted capaz de presentarme ante Genoveva con mi fuerza y mi dinero diciéndole: «Cásate conmigo, la boda ó la miseria?» ¡Vamos, vamos! ¡Yo no sé hacer eso! ¡Sería un crimen dar á esa niña tal imagen brutal de la vida!

MARTA Al menos vea usted á Jaime. ¡Hable usted con él!...

RANSON No, basta de cálculos, basta de negocios, basta de hablar de dinero... Si Jaime no consigue salir adelante, si al fin cae tan bajo, tan bajo como teme, no olvidaré que somos de la misma sangre y le tenderé la mano... Pero darle hoy, por nada, mi vida y mi fortuna entera, ¡eso no! ¡No puedo! No hay entre nosotros grandes recuerdos, ni lazos sagrados que exijan tales sacrificios.

MARTA (Sollozando.) ¡Estamos perdidos! ¡Perdidos!...

RANSON Mire usted, éramos tan poco parientes, tan poco amigos, tan poco íntimos, que ya nos vemos lejos unos de otros. Un velo de egoísmo ha caído entre nosotros. Usted sólo piensa en usted, y yo ya no pienso más que en mí... Adiós, Marta, suba usted su calvario. Yo voy á subir el mío... (Se va. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En el hotel particular de Gueroy, en París. Un gran ángulo del «hall», que resulta, así, cortado diagonalmente por la línea del proscenio, quedando practicable; en el lado más corto de dicho ángulo (á la izquierda del espectador) la escalera de mármol con barandilla de artísticos hierros forjados que conduce á los pisos superiores. Sobre el lado más largo de dicho ángulo (que forma la pared que corta la escena desde el tercer término izquierda al primero derecha) se ve, por dos amplias puertas, el primer salón, en el cual hay dispuestas mesas de «bridge». En una de ellas Courtray, personaje mudo, juega al «bridge» con dos señores y una señora, rodeados de mirones, entre los cuales figura Gueroy, al levantarse el telón.

En el «hall», formados en diversos grupos, los personajes que hablan en la primera escena y otros invitados. Impresión de una casa de gran lujo y distinción, durante una velada de cierta intimidad. Todos los señores de frac, y las señoras en atavío adecuado.

ESCENA PRIMERA

GUER. (En el salón.) ¡Divinamente jugado, señor presidente!

SAMB. (En el «hall».) Lo que me parece admirable es ver á Courtray cuando va á subir al poder, y hacerse, como quien dice, el amo de Francia, pasándose la noche tranquilamente aquí, entre buenos amigos, echando su partidita de *bridge*.

BAR. Es su manera de ser. El público no lo conoce. Tan sencillo, tan modesto.

DAM. Todo París espera el Gabinete Courtray.

BAR. Y no me chocará nada que mañana á estas horas esté completamente formado... ¡Ha trabajado de firme esta tarde!... ¡Vaya un día que ha llevado!...

DAM. Pues no me parece difícil la formación.

BAR. Ni tan fácil como generalmente se cree. Antes, cuando los Gobiernos duraban dos ó tres semanas, se cogía al primer político que se tenía á mano, se le metía en cualquier Ministerio y cosa hecha, ¡para lo que había de durar! Pero ahora, que se corre el riesgo de que agarren, se necesita algo más sólido.

GUER. (Volviendo del salón.) Nosotros que, por decirlo así, somos las fuerzas vivas del país, los grandes industriales, tenemos sed de estabilidad ministerial, si vale la metáfora...

BAR. Habla usted como si estuviese en la Cámara.

LUCÍA (En su grupo, compuesto de las dos señoritas Sablier y una señora.) ¿Tú no conoces á mi padrino, Julieta?

JUL. Nada más que de nombre. Figúrate que en mi vida he ido á una sesión de la Cámara.

SUSANA ¿Por qué no nos presentas á Courtray?

LUCÍA ¿Queréis?

JUL. ¡Ya lo creo! ¡El Presidente del Consejo!...

LUCÍA Pues, ¡venid, venid! (Se las lleva al salón.)

GUER. (Haciendo seña á Framié, que ha ido apartándose de todos los grupos.) Framié...

FRAMIÉ ¿Qué se le ofrece?

GUER. ¿Dónde se ha metido mi hijo? No lo encuentro por ningún lado.

FRAMIÉ Creo que ha subido á su despacho á telefonear.

GUER. Vaya usted á decirle que Courtray ha llegado hace cerca de media hora, y que baje en seguida. ¡No estar aquí para recibir á sus invitados, y sobre todo á este!...

FRAMIÉ Voy allá. (Sube la escalera.)

BAR. (En otro grupo, á Varéze.) ¿Podemos contar con usted?

AND. Así lo espero.

DAM. Vaya, Baronesa, vengan esos nombres.

BAR. Imposible. Aun no sé nada.

DAM. Díganos siquiera quién va á Hacienda.

BAR. No puedo... Además, les aseguro que lo ignoro.

SRA. DE S. Vamos, Baronesa, usted lo sabe todo.

BAR. (Después de vacilar un poco, decidiéndose á no hacerse de rogar.) Saperbois...

UNO ¡Acertadísimo!

BAR. Molinier, Justicia...

OTRO ¡De primera fuerza!

BAR. Negocios Extranjeros, Laponce; General Bramel, Guerra; Cabasés, Instrucción pública. Estos son los seguros. Y aun pudiera cambiarse todo de un momento á otro.

MARTA (A Gueroy, á quien ha llevado á un rincón lejos de los otros grupos.) Debe estar telefoneando á un amigo... Pero, por Dios, padre, no le hable usted como esta tarde. Estaba desesperado. ¡Es horrible!

GUER. ¡Es imperdonable!... Engañarme á mí, que tengo la responsabilidad, si no material, al menos moral de nuestra casa... Me ha humillado ante Esteban... Parecía como si yo le estuviese haciendo á mi sobrino una comedia, como si quisiera engañarle...

MARTA ¡Bastante castigado está!

GUER. No es el momento de compadecerse ni de andarse en contemplaciones... Hay que evitar un desastre sin ejemplo... ¿Cómo?... Todavía lo ignoro y esta noche no puedo ocuparme de ello. Pero, mañana muy tempranito tendré con Jaime una conversación definitiva... ¡Ah! ahí viene.

JAIME (Que llega de arriba por la escalera.) ¿Vino ya Courtray?

GUER. Sí, está jugando al *bridge*.

JAIME (Viéndolo.) ¡Ah! (Se acerca á la mesa de juego. Courtray se levanta y le tiende la mano. Mientras, sigue el diálogo de los otros personajes.)

MARTA (A Gueroy.) Venga usted también. (Ambos se dirigen hacia Courtray, en torno del cual, que suspende su partida, forman amable corro. Los demás invitados han ido formando grupos más apartados; unos en el salón, otros en el fondo del «hall», de suerte que el primer término queda más libre para las escenas siguientes.)

ESCENA II

FRAMIÉ y GENOVEVA

FRAMIÉ (Algo agitado, acercándose á Genoveva.) Señorita Genoveva... ¿Puedé usted oirme dos palabras... en seguida?

GEN. (Apartándose con él.) Como usted quiera. (Mirándole é inquietándose.) ¿Qué pasa?

FRAMIÉ (Vacilando.) No sé si estará usted enterada...

GEN. (Vivamente.) Sí, Framié, lo sé todo... conozco la situación completamente... y no pierdo la cabeza... Diga usted...

FRAMIÉ Sí; usted es una persona enérgica y serena... hace tiempo que la conozco á usted á fondo. Por eso he contado con usted. Fíjese bien en lo que voy á decirle... Esta tarde, antes de comer, cuando se fué su primo, su cuñado de usted ha hecho una tentativa con un banquero... me consta que ha sido inútil. Al volver á casa tuvo una nueva escena con su padre... después habló conmigo breves instantes. Estaba pálido, la frente sudorosa, los labios secos y su rostro se contraía involuntariamente con ese gesto característico de lo imposible de dominar los nervios... Y ahora, hace un momento, cuando he entrado en su despacho, acababa de escribir una carta... y tengo la certeza absoluta de que era para su mujer.

GEN. ¿Escribir á su mujer ahora? ¿Cómo lo sabe usted?

FRAMIÉ Cuando entré puso la mano encima de un sobre, como si quisiera ocultarlo, y cuando le dije que su padre le llamaba, se levantó precipitadamente y puso la carta entre otros papeles. Pero yo, disimuladamente, no le quitaba ojo y pude leer en el sobre el nombre de su hermana de usted... Señorita Genoveva, le juro á usted que á todo trance importa que su hermana de usted no reciba esa carta... demasiado tarde... y que conozca su contenido, sea cual fuere, antes de terminarse la velada...

GEN. ¡Ah! Comprendo... Pero, ¿cómo haremos?..

FRAMIÉ Es preciso ir á buscar la carta donde él la ha dejado y entregársela á su esposa, puesto que para ella es... Y solamente usted puede encargarse de ello...

GEN. ¡Yo! ¿Framié? ¿Yo? ¿Ir á registrar los papeles de Jaime?

FRAMIÉ Sí; y le aseguro á usted que no puede ni debe vacilar... Si usted supiera la vertiginosa rapidez con que se desarrollan estos dramas del dinero... He visto muchos, por desgracia, en este mundo. ¡Todos son iguales! Todos se anuncian con las mismas señales, como las tempestades con los mismos relámpagos. En esta casa se está desarrollando uno. Procuremos, si aun es posible, evitar un desenlace trágico.

GEN. Tiene usted razón... Voy allá. ¿Usted me espera aquí?

FRAMIÉ Ya no me necesita usted. En cuanto su hermana haya leído la carta sabrá lo que tiene que hacer. De todos modos, en ese otro salón me encontrará usted. (Se aleja, mientras Genoveva, esquivando las miradas de todos, sube la escalera.)

ESCENA III

Los mismos personajes que en la escena primera, menos GENOVEVA pero agrupados de modo diferente

LUCÍA (A Andrés.) Ya ha oído usted lo que le ha dicho mi padrino. Creo que le apoyará usted enérgicamente.

AND. (Riendo.) Así se lo he prometido. Y ahora se lo prometo á usted también.

LUCÍA Es un hombre prodigioso.

AND. Cierto. Un hombre que vale muchísimo.

LUCÍA No tiene más que un defecto, mejor dicho, una debilidad, y no seré yo quien se la eche en cara; no hace más que lo que yo quiero.

AND. Y yo tengo la seguridad de que usted le da muy buenos consejos.

LUCÍA ¡Oh! ni mamá ni yo pensamos en meternos en política. Nos contentamos con recomen-

darle nuestros amigos y ocuparnos de su porvenir.

AND. Pues esa es la mejor política. (Corta pausa.)

LUCÍA Mamá se interesa mucho por usted...

AND. ¿La Baronesa me hace el honor?...

LUCÍA Sí. Días pasados me decía, después de oir el magnífico discurso de usted en la Cámara: «Ese muchacho tiene madera de ministro.»

AND. Su mamá de usted es demasiado indulgente..

LUCÍA ¿Y por qué no sería usted ministro el día menos pensado?

AND. (Riendo.) Esas cosas ocurren cuando menos se piensa. (Nueva pausa.)

LUCÍA Ahora que vamos á vivir en París, espero que se le verá á usted más á menudo.

AND. Su amabilidad de usted me...

LUCÍA Amabilidad bien natural... En primer lugar, corre la voz de que se casa usted con una de mis mejores amigas, y esto basta para que mamá y yo tengamos el más vivo deseo de contarle á usted entre nuestros más íntimos amigos. Porque se casa usted con Genoveva, ¿verdad?

AND. Todavía no es cosa oficial. Ya comprenderá usted los motivos que me impiden contestarle á usted más categóricamente.

LUCÍA Usted perdone. No pretendo arrancarle sus secretos.

AND. No es un secreto.

LUCÍA ¿Un misterio entonces?

AND. Un misterio bien pequeño, y que no durará mucho.

LUCÍA En fin, de todos modos, puede una permitirse el felicitarle. ¿Quiere usted, en prueba de buena amistad por mamá y por mí, venir el domingo á comer con nosotros á casa de mi padrino?

AND. ¿A casa del señor Courtray?... ¿Pero...?

LUCÍA ¿Quiere usted decir que él no le ha invitado? Pues le invitará; y creo que entretanto puedo yo hacerlo de su parte, sin temor de disgustarle. Así, pues, hasta el domingo.

AND. Hasta el domingo, puesto que usted lo quiere.

LUCÍA Voy á decírselo á mamá. (Se dirige hacia su ma-

dre, después de sonreir graciosamente á Andrés. Procure dar la actriz á toda esta escena aire de gran ingenuidad)

BAR. ¡Lucía!

LUCÍA ¡Mamá!

BAR. Hace un cuarto de hora que estás hablando con un joven en un rinconcito. ¿Te parece que eso es manera? ..

LUCÍA. Le estaba convidando á comer para el domingo.

BAR. ¿Tú? Pero, niña, ¿has perdido el juicio?

LUCÍA Quien busca el fin pone los medios. Y además, ¿qué tiene eso de particular? Lo particular es que tú no lo hayas hecho desde que te lo estoy pidiendo.

BAR. Mira, niña, (Llevándosela al salón.) me vas á hacer el favor de no separarte de mí en toda la noche.

(Genoveva vuelve por la escalera y se acerca vivamente á Marta.)

ESCENA IV

MARTA y GENOVEVA

GEN. (Llevándosela al primer término izquierda.) Escucha, Marta. (Todos los invitados han quedado conversando en grupos al fondo y á la derecha.)

MARTA ¿Qué quieres?

GEN. Y óyeme en calma. Ya que nos hemos prometido tener serenidad y valor, defendernos bien. . muy unidas. Ha llegado el momento de mirar el peligro cara á cara... Jaime acaba de escribirte una carta.

MARTA ¿Una carta á mí? ¿Cuándo? ¿Es esa?... Dame, dame. ¿Dónde has encontrado ésa carta?

GEN. En su mesa de despacho. Allí fuí á buscarla aconsejada por Framié... Y no me arrepiento... No tiembles así... ¿Quieres que la abra?

MARTA No. Dame... Pero la vista se me turba... ¿Por qué me escribe? ¿Dónde está ahora?... No le veo.

GEN. Está con su padre... Allí, sentado junto á Courtray.

MARTA ¡Ah, bien!... ¿Qué me escribe? ¿Qué tiene que decirme... (Abre la carta y comienza á leer temblando.) «Pobre Marta mía: Voy á matarme.» (Marta está á punto de desfallecer.)

GEN. (Leyendo á su vez.) ¡Oh!...

MARTA (Queriendo ir hacia su marido.) ¡Déjame! ¡Déjame!...

GEN. (Obligándola á volverse á sentar.) ¡No, Marta, cállate! Que nadie sospeche. ¡Vamos, Marta, valor! Ahora que sabemos lo que quería hacer, podremos impedirlo.

MARTA ¡Qué horror! ¡Qué horror!

GEN. Nos miran. Hagamos como si hablásemos de cosas vulgares. Por Dios, Marta, reponte, estás pálida como la cera. Oculta esa carta. Dámela. (La coge y la guarda.)

MARTA Cuando pienso que iba á .. ¡Qué horrible visión!

GEN. No dejes correr la imaginación. Sobre que vamos á impedirlo...

MARTA Esta noche... pero, ¿y mañana?... ¿Y otro día?... ¡A qué grado de desesperación no habrá llegado para pensar en el suicidio! ¡Desgraciado! Preciso es que se vea en el último extremo, que haya apurado todos los medios. Su primo era el recurso supremo. ¡Estamos completamente perdidos!

GEN. ¿Qué primo? ¿Esteban?

MARTA Sí; Jaime le ha pedido auxilio y se lo ha negado.

GEN. ¿Pudiendo dárselo?

MARTA Seguramente.

GEN. ¿Por qué se ha negado?

MARTA Porque... (Conteniéndose.) No ha dado razón ninguna.

GEN. No habreis sabido pedírselo... ¡Es imposible!... ¡Espera!

MARTA ¿Qué vas á hacer?

GEN. Llamarle.

MARTA ¿A Esteban? ¿Tú?

GEN. Sí, yo. Conmigo no ha tenido discusiones de intereses. Somos muy buenos amigos. Bien puedo enviarle dos letras diciéndole que venga esta noche, que tengo que hablarle...

MARTA No... no... No hagas tal cosa... ¡Tú! ¡Oh,-

no!... ¡Tú, no! Hazte cargo... Una muchacha... Además, no vendría.

GEN. ¿Quedásteis reñidos?

MARTA No.

GEN. Entonces vendrá. De todos modos es el único recurso que nos queda y hay que intentarlo.

MARTA (Murmurando como si se hablase á sí misma.) ¡Quizás!... Pero, si acaso viniera ¿qué le dirías?

GEN. No lo sé todavía... Pero ya encontraré,.. ya inventaré... ¡Bah! Con un poco de audacia... ¡No es cosa de ser tímida!... ¿Qué hora es? Las diez y media. Debe estar todavía con los amigos que tenía invitados á comer. Le llevarán mi carta con el automóvil. Mientras tanto, no te separes de Jaime. No le dejes subir á su despacho. Si echase de menos la carta todo estaba perdido... Ahí viene... Parece que te busca. (Mirándola.) Tienes ya mejor cara... Todo irá bien. (Se va.)

JAIME (A Marta.) La baronesa te llama.

MARTA ¿Has hablado con tu padre después de comer?

JAIME No, ¿y tú?

MARTA Sí, un momento.., Me ha dicho que tendreis una conversación muy importante mañana por la mañana.

JAIME ¡Tanto mejor!... Además he encontrado un medio, una solución, que le hará más conciliador...

MARTA ¡Ah!...

JAIME Sí. He examinado bien la situación... No es tan grave como yo creía... No tengas miedo.

MARTA ¡Oh, yo no tengo miedo!

JAIME ¿Dónde fué Genoveva?

MARTA La dije que subiera al cuarto de Eduardito, que se había despertado.

JAIME ¿No estará malo?

MARTA No; pero esta noche estaba un poco inquieto.

JAIME Bah, no será nada.

MARTA (Conteniendo su emocion.) Dios lo quiera.

JAIME (Llevándosela hacia el salón.) ¿Vienes? (Echa á andar dejando un poco atrás á Marta, que ve volver á Genoveva.)

GEN. (Bajo á Marta.) Ya está. El automóvil lleva la la carta.

ESCENA V

ANDRÉS y GENOVEVA

AND. (Separándose de un grupo, riendo, para acercarse á Genoveva.) Es muy original su amiguita.

GEN. ¿Quién?

AND. Lucía de Lussan.

GEN. ¿Le gusta á usted?

AND. ¡Por Dios! ¿Cómo quiere usted que me guste ninguna otra mujer?

GEN. ¿Pues qué le ha dicho á usted que tan original le parece?

AND. No puedo decirlo á punto fijo. Lo original es la manera de decirlo... Acá inter nos, me parece un poco desequilibrada... Diríase que es la muchacha intermediaria entre hoy y mañana.

GEN. ¿Y yo, sería entonces, la de ayer?

AND. No, Genoveva: usted no tiene fecha... Usted es la de ayer, la de hoy y la que también habrá mañana, á Dios gracias. Usted realiza el delicioso milagro del equilibrio perfecto con un carácter ardiente y un espíritu original... Por eso la quiero y por eso la confío mi vida con toda seguridad.

GEN. ¡Cómo me gusta oirle decirme esas cosas, Andrés!... Me parece que esta noche le quiero á usted mas; con un cariño más serio, más hondo...

AND. Yo, Genoveva, la quiero á usted siempre así.

GEN. Sí, dígamelo usted, repítamelo... y míreme con esos ojos tan llenos de ternura con que algunas veces me mira. ¡Esta noche estoy tan triste!...

AND. ¿Triste, Genoveva? ¿Por qué?

GEN. No es nada... no se preocupe usted. Mañana ya se me habrá pasado... Pero esta noche, sí; tengo una tristeza infinita... Como si me rodearan amenazas y me acecharan desgracias .. ¡No me pregunte usted la causa, Andrés!... Ya se lo diré más adelante... más adelante, sí, sí. Ahora me consuela tener

con usted esta pequeña expansión.. Hace poco sentía como la impresión de estar sola en el mundo... sin nadie que se interesase por mí.

AND. ¡Genoveva! (Cogiendole las manos que ella le ha abandonado instintivamente.) Sus manos arden... ¿Qué tiene usted?... Confíeme sus penas... ¿No va usted á ser mi esposa?...

GEN. Nada puede impedirlo. ¿Verdad, Andrés?

AND. Nada.

GEN. ¿Me lo jura usted?

AND. Lo juro... Pero ¿qué es lo que así le atormenta?

GEN. No, nada... No es una pena... era más bien un presentimiento que se va borrando conforme hablamos y voy adivinando su cariño... Vaya, va usted á creerme tan desequilibrada como Lucía... Pero ya pasó... Renace la confianza... Ya verá usted, Andrés, ya verá usted cómo soy toda una mujer.

AND. Sí, aquella con la cual se atraviesan sonriendo las horas difíciles, con la que todo esfuerzo parece en la vida ligero, se realiza con alegria y siempre obtiene recompensa.

GEN. Sí, Andrés, eso es. Hay que tener ánimo y esperanza. ¡Ah! ¡Qué feliz me ha hecho cuanto acabamos de decirnos!... Ahora déjeme usted. Venga á verme mañana por la tarde.

ESCENA VI

DICHOS, la BARONESA, LUCÍA, GUEROY y otros invitados

BAR. (Separándose de un grupo con Lucía. A Gueroy.) ¿Nos vamos?

GUER. ¿Tan temprano, Baronesa?

BAR. Courtray está un poco cansado, aunque no lo diga. Yo le conozco. Me lo llevo. Si lo dejaran, se estaría jugando al *bridge* hasta el amanecer y mañana estaría destrozado.

GUER. No deje usted de decirle cuánto le agradezco que se haya acordado de este antiguo amigo... Y yo sé bien cuánto tengo á usted

también que agradecer en estas circunstancias.

BAR. Yo lo que deseo es que esté usted en el ministerio como en su casa.

GEN. Hasta pronto, Lucía.

LUCÍA Hasta pronto, Genoveva; porque ahora viviendo todos en París, nos veremos á diario.

BAR. Y procuraremos divertirnos. ¡Ya era hora! (Besando á Genoveva. A Andrés.) Señor Varéze, creo que Courtray quiere decirle á usted algo, antes de marcharse.

AND. Soy con él en seguida... (A Genoveva.) ¡Señorita!... (Se inclina y pasa al salón á reunirse con Courtray.)

SRTA. DE S. Adiós, Genoveva.

GEN. ¿Ya os vais? (Se dirige al fondo donde los otros invitados se han reunido con Courtray y se disponen á marcharse con él.)

GUER. (Despidiéndose de Courtray en el salón.) Muy agradecido, señor presidente.

DAM. Querida Baronesa...

SAM Baronesa amiga...

SRA. DE S. ¡Querida Baronesa!... Querida Lucía...

SRTA. DE S. Adiós, Lucía.

BAR. (Repartiendo apretones de manos con los unos y cambiando besos con las otras.) Amigos míos... niñas... (A Samblier.) Le espero mañana á las tres. (A la de Samblier.) Sí, hija mía, cómo no?... (A una.) Estaré en casa toda la tarde (A otro.) Le he dicho cuanto sabía, pero no vaya á contarlo ahora por esas redacciones. (Sale en medio de un torbellino de cumplidos en que va envuelto Courtray; los demás invitados se van retirando también, despedidos por Gueroy y los suyos. Un lacayo llega por la derecha. Genoveva le ve y se dirige á él rápidamente.)

LACAYO El señor Ranson está ahí, señorita. Le he dicho que espere en el gabinete como la señorita me había encargado.

GEN. (Volviéndose á mirar á los invitados que se van marchando.) Bien, dígale usted que pase aquí. (Hace señas á Marta, la cual se le acerca rápidamente.) Ahí está. No te separes de Jaime. (Marta se aleja. Entra Ranson.)

ESCENA VI

GENOVEVA y RANSON

RANSON Aquí me tiene usted, Genoveva. ¿Qué desea usted de mí?

GEN. Gracias por haber venido en seguida... Dispénseme... ¡Estoy tan turbada!... Hace poco, cuando le escribí que viniera, estaba tan decidida, tan animada... pero ahora... no sé cómo empezar. (Sacando de pronto la carta.) Mire usted. (Se la da.)

RANSON ¿Una carta? (Tomándola.)

GEN. De Jaime á su mujer... Se la ha escrito esta misma noche... ¡Lea usted, Esteban, lea usted!...

RANSON (La lee sin pestañear siquiera. Luego, tras breve pausa; encarándose con Genoveva.) ¿Con qué derecho pone usted este drama ante mi conciencia?... ¿Por qué me elige usted para decidir de la vida ó la muerte de este hombre? ¿Por qué á mí y no á otro?... ¡Yo soy aquí un extraño!... ¿A mí qué me importa todo esto?... Esta misma tarde le he dicho á su hermana de usted las razones que tengo para no meterme en los negocios de su marido. Es inútil que se lo repita á usted.

GEN. ¡Oh, Esteban!... ¡Parece que en pocas horas me lo han cambiado!... ¡Es horrible! ¿Por qué me dirijo á usted? Pues porque es usted mi amigo, porque es usted el más fuerte... el más inteligente.. el mayor; como quien diría, el jefe de la familia... ¡Qué sé yo! Usted es enérgico.. tiene sangre fría.. Ha luchado y vencido en la vida... tras mil trabajos, mil peligros, es cierto... pero eso le da á usted más fuerza... y es bien natural que al vernos en la desgracia nos pongamos bajo su protección.

RANSON ¡Y esas son todas las razones que se invocan para pedirme cuanto tengo y cuanto valgo! ¡Un esfuerzo colosal!... ¡Que me lance á la ventura con la perspectiva de mi propia ruina!... para salvar ¿á quién? A una familia

para la cual soy en el fondo indiferente y á la que yo ya no conozco!... Vaya, Genoveva, ¿qué idea novelesca se ha formado usted de la vida?... ¿Ha visto usted muchas veces á su alrededor, en el mundo que vive, tantas acciones sublimes y desinteresadas como esta que me pide á mí tan sencillamente como si se tratase de cumplir un simple deber ó de hacer un bello gesto?

GEN. ¡Pero si yo no he pensado en nada de eso, Esteban!... No he reflexionado ni un momento... He recurrido á usted instintivamente. Me parecía cosa tan digna de usted, tan en armonía con su carácter, con todo cuanto sentía en usted de nobleza, de generosidad... con toda la ternura, la piedad discreta y oculta de su corazón, que no he vacilado un instante. Y por lo mismo que su familia le humilló y casi le arrojó de su casa en otros tiempos, parecíame tan hermoso verle ahora levantarla cuando está caída y usted regresa triunfante.

RANSON ¡Sí, muy hermoso sería!... Siempre es hermoso salvar á alguien, sea quien fuere... Pero ese salvador vuestro, parece mentira que no haya usted pensado en él... El salvador natural, el indicado, no soy yo. Es el hombre á quien usted ama y que le adora. Joven, rico, uno de los hombres del día... ¿Por qué no haber recurrido á él?

GEN. ¡No sé!... No se me ocurrió tal cosa. Hay confidencias que nos falta valor para hacerlas á un prometido... y que hacemos naturalmente á un hermano, á un amigo...

RANSON A la simple amistad no se le pueden pedir ciertos sacrificios, tanta abnegación, Genoveva; para ella son demasiado grandes. Eso solo puede pedírsele al amor, porque solo el amor es capaz de hacerlo... Vaya usted á á buscarle y dígale: «Soy pobre, mi familia se ha arruinado, solo tú puedes salvarme.» Y usted verá lo que él le contesta.

GEN. Esteban, ¿es usted el que me habla de ese modo? ¡Oh, cuánta amarga ironía envuelven esas palabras!... Me acusa usted casi de un cálculo personal, conociéndome como

me conoce... á mí que le he mostrado mi alma entera tal como es!... Y luego ¿por qué trata usted de inspirarme sospechas del desinterés, de la nobleza del hombre á quien amo? Eso es cruel, Esteban, y de su parte me extraña tanto como me aflige... Le tengo á usted un afecto tan profundo, tan sincero... ¿Por qué este súbito cambio? ¿De dónde viene esa dureza? ¿Esa total ausencia de generosidad?... Esteban, esto no es posible, no es natural.. Yo no puedo haberle juzgado á usted tan de ligero... (Movimiento de Ranson para marcharse, Genoveva le detiene.) ¿Se aleja usted, Esteban?... ¿Sin contestarme siquiera? ¿Dejará usted matarse á ese desdichado?... (Encarándose con él) ¡No.,. no!... Hay algo que usted me oculta y yo quiero saber! ¡No saldrá usted de aquí sin decírmelo!... ¿Por qué, Esteban, por qué?

RANSON (Bruscamente.) Pues porque estoy enamorado de usted como un loco... ¡Ah! ¿No lo ha comprendido? ¿No lo ha adivinado?... ¡Ceguera, trágico egoismo de la mujer en sus pasiones! ¡Y usted habla de crueldad! ¡Usted, que no se ha enterado de mi amor, de mi amor loco... que ni siquiera ha previsto que pudiera amarla algún día!... ¡Que me ha impuesto á diario, con una crueldad tan refinada como ingenua, el suplicio de su sonrisa ligera, de su mirada indiferente y gentil, de su desdeñosa ternura! ¡Ah! ¡Basta de tal tormento! Quiero huir de él... ¡No quiero volver á oir esa voz que me retuerce el corazón y me tortura los nervios!

GEN. Calle usted, Esteban, calle usted... Yo soy una hermana, su hermana cariñosa y fiel...

RANSON ¡Una hermana!... ¡No, Genoveva... guarde usted su adhesión, guarde usted su amistad; no las quiero! ¡Porque la quiero á usted con toda mi sangre! Este amor se ha enseñoreado en mí... Todos los demás acontecimientos de la vida se borran ante él... Me parece que hasta ahora no he vivido ni he encontrado á mi paso más que fantasmas... ¡Es usted el único ser que me parece viviente!...

GEN. ¡Dios mío, Dios mio, qué desgracia! Ahora veo claro, ahora me doy cuenta de lo que ha sufrido usted, Esteban.

RANSON ¡Y aun quiere usted que vaya yo á entregarla con mis propias manos al hombre que ama!.. Porque bien lo sabe usted, jamás se casaría con usted en medio de este desastre... ¡Y me pide usted á mí que la adoro, que la arroje en sus brazos! ¿Habrá hombre capaz de semejante locura?

GEN. ¡Ah, sí, comprendo su abandono!... Es justo... Pero yo no pido nada para mí... Yo me salvaré si puedo y como pueda... ¿Pero y los otros?... ¿Y Marta?... ¿Y su hijo?... Y...

RANSON Genoveva, le juro á usted que para hacer lo que me pide haría falta ser un héroe. A mí me falta el heroismo. Tome usted esta carta. Yo no la he leído, no sé lo que dice.

(Aparecen en el segundo salón, que atraviesan rápidamente y visibles solo para el espectador, Marta y Jaime. Ellos tampoco ven, en el «hall», á Genoveva y Ranson.)

ESCENA VII

DICHOS, JAIME y MARTA

MARTA (Cogiéndole por el brazo.) ¡No subirás!... ¡No!...

JAIME Pero Marta, ¿qué es esto?

MARTA ¡Sé lo que vas á hacer, lo sé... y sabré impedirlo! (Agarrándose á él materialmente.)

JAIME ¿Estás loca?

MARTA ¡He leído! ¡He leído!

JAIME ¿Qué has leído?

MARTA La carta que me has escrito... ¡Y piensas que te voy á dejar solo!... ¡Tú si que estás loco... Jaime! ¡Jaime de mi alma, por Dios te pido!...

JAIME (Furioso.) ¿Quién se atrevió á coger esa carta? ¡Tú no fuiste! ¡Tú no has subido!.. ¿Quién fué? ¿quién fué?... (Viendo á Genoveva y Ranson.) ¿Genoveva?... ¿Qué hace ahí?... (Al acercarse ve la carta que tiene en la mano.) ¡Ah!... (Arrancándosela.) ¿Has sido tú?

MARTA (Precipitándose entre ellos.) ¡Jaime!

RANSON (Separándola severamente de Genoveva.) ¡Deja á esa niña!

MARTA ¡Ah! ¡Usted aquí!... ¡Qué suerte!... Usted le impedirá, ¿verdad? (Pasándose la mano por la frente y á punto de desfallecer.) ¡Ah!...

GEN. (Acudiendo á socorrerla.) ¡Marta!... ¡Marta!...

MARTA ¡No es nada!... yo... (Se deja caer en una butaca.)

GEN. ¡Marta! ¡Marta! (Arrodillándose junto á ella y haciéndola respirar un frasquito de sales.)

RANSON (Yendo á Jaime, que pasado el primer impulso ha quedado anonadado, y llevándoselo lejos del grupo de las dos mujeres.) Estás blanco como el papel. . ¿De modo que es cierto?... ¡Ibas á matarte!... ¡Qué cobardía!

JAIME (Balbuceando, pálido y sudoroso como un agonizante.) ¡Esteban!

(Hágase toda esta escena rápida y sobriamente, procurando darle una nota trágica en toda su sencillez de acción.)

RANSON (Da un paso hacia Marta, la mira un momento, como si se recogiese un instante y de pronto vuelve á Jaime y cambiando de tono, con fuerza.) ¿Sabes tú? ¡Si te saco del apuro, yo soy el amo!

JAIME ¿Cómo, Esteban?... ¿Consientes?... ¡Consientes!... ¡Oh, gracias, gracias!... ¡Sí, todo lo que quieras!

RANSON Quiero administrar y dirigir la fábrica yo solo... Sin intervención de nadie.

JAIME Te lo prometo.

RANSON Mañana me dirás cuál es tu situación... Pagaré á todo el mundo... Redactaremos el contrato de sociedad y en seguida me pondré á la tarea... Pero te lo advierto antes, lealmente... no hay que discutir... Hay que dejarme hacer mi santísima voluntad... Hay que obedecerme.

JAIME Oh, dispón de mí... A ti me entrego... no puedo más... Estoy rendido, descorazonado... Sin fuerzas. (Cae sobre un sillón.)

RANSON Sí, la vida te fué siempre fácil. Todos han trabajado por ti. Lo que deprisa se adquiere se conserva poco tiempo.

JAIME Hagas lo que hagas, Esteban, yo seré siempre tu amigo, amistad eterna... Tú me has salvado...

MARTA (Levantándose y acercándose á Ranson,) ¡Gracias, Esteban, gracias!...

RANSON (A Marta y á Jaime, que á su vez se habían levantado y venían hacia él con los brazos tendidos.) ¡Oh, no me agradezcais nada!... ¡No hay de qué!... Porque lo que hago, no es ni por generosidad, ni por compasión... y menos aun por cálculo. Lo hago... yo mismo no sé por qué lo hago. (Mitad hablando á Jaime, mitad consigo mismo.) La verdad es que los sentimientos que me han guiado no son muy lindos que digamos... ¡Cólera, celos, acaso deseos de venganza... qué sé yo! En fin, ya lo ves, no vale la pena de darme las gracias... Mira, en todo esto no hay de bueno, de limpio, más que una cosa: al verte ahí, hecho un trapo, delante de mí, me he acordado de pronto de aquellos tiempos en que éramos así (Señalando con la mano la altura de dos niños) y jugábamos juntos á los pies de nuestras madres, que nos miraban sonriendo... ¡Y si es por eso... más vale así!... (Dando bruscamente un abrazo á Jaime y volviéndose.) ¡Adiós, Genoveva! (Se va.)

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero, pero el paisaje que se ve al fondo está nevado.

ESCENA PRIMERA

GUEROY y FRAMIÉ

Al levantare el telón Gueroy se pasea, solo. Entra Framié

FRAMIÉ Hay dos señores que desean visitar la fábrica.

GUER. No los recibo. No dejes visitar la fábrica á nadie.

FRAMIÉ Como el señor Ranson ha dicho...

GUER. ¿Quién manda aquí? ¿El señor Ranson ó yo?... El señor Ranson aquí no es nadie. ¿Lo entiendes?

FRAMIÉ Bueno, bueno.

GUER. ¿En qué lengua habrá que decírtelo? Mientras no se haya firmado el contrato aquí no hay más voluntad que la mía!

FRAMIÉ ¿Se firma hoy?

GUER. Hoy se lee; ¡y una cosa es leer y otra es firmar! Ya te irás enterando...

FRAMIÉ Sin embargo, esa sería la mejor solución.

GUER. Ya encontraremos dinero por otro lado.

FRAMIÉ No lo creo. Y si los acreedores han consentido en esperar un mes ha sido contando con ese arreglo.

GUER. Es muy chocante que yo no haya podido saber todavía por qué razón ha llegado Jaime á entenderse con su primo... Tanto él como tú me habéis contado una porción de cosas... pero estoy seguro de que no me decís la verdad...

FRAMIÉ Ranson ha comprendido que no hacía un mal negocio, y eso es todo.

GUER. No. Hay en esto algún misterio, y se ha hecho tan de repente, que no me fío. (Viendo entrar á la Baronesa.) Déjanos... Y á esos dos señores, ya sabes: que no se ve la fábrica... (Framié se va.)

ESCENA II

GUEROY y la BARONESA

GUER. Querida amiga... Recibí su carta...

BAR. Y aquí me tiene usted. Se trata de unos informes... algo delicados que tengo que pedirle.

GUER. Usted dirá.

BAR. De lo que usted me responda depende un viaje á Italia que tengo proyectado con mi hija.

GUER. Soy todo oidos.

BAR. Se trata de la boda de Genoveva con Varèze... Perdone usted mi indiscreción, pero tengo mis razones, como usted va á ver, para saber á qué atenerme. ¿Qué pasa aquí? Ese viaje de Genoveva, ¿á qué ha venido? ¿Se disimula con él una ruptura ó alguna probabilidad de ruptura?

GUER. Nada de eso... La boda es cosa decidida y se hará pronto; Genoveva ha aceptado una invitación de su madrina, que vive en Niza, para pasar con ella unos días del invierno. Precisamente vuelve hoy. Ahora han ido Jaime y su mujer á esperarla á la estación.

BAR. Bien.

GUER. Los chicos se gustan y creo que se quieren de veras. Es un matrimonio perfecto bajo todos puntos de vista. ¿No le parece á usted?

BAR. Por supuesto,.. Y además, eso simplifica mis cosas con mi hija... Diga usted Gueroy, ¿se ha fijado usted en Lucía alguna vez?

GUER. Muchas.

BAR. ¿Y cómo la encuentra usted?

GUER. Deliciosa. Una criatura encantadora... ¡Esa es la palabra!

BAR. ¿No le ha parecido á usted, á ratos, así, algo chiflada?

GUER. ¡Por Dios, Baronesa! Jamás.

BAR. ¿De modo que á usted le parece una muchacha como todas?

GUER. Una muchacha adorable, le digo á usted.

BAR. Eso me tranquiliza: porque la verdad es que yo no las tengo todas conmigo.

GUER. Pero ¿de dónde se saca usted eso?

BAR. Figúrese usted, y á eso iban á parar todas mis preguntas, que se me ha enamorado de Varéze.

GUER. ¿De Andrés?

BAR. Sí, amigo mío. ¡Está loquita perdida por él!...

GUER. ¡Bah!

BAR. Y no sé cómo él no lo ha notado ya. Y lo grande es que la niña me amenaza con armar el gran escándalo si no se casa con él. ¡Las muchachas del día son estupendas!... A este paso no sé cómo serán nuestras nietas... si las tenemos. Pero, en fin, póngase usted en mi lugar... Ahora que empezaba á tener un poco de tranquilidad me cae encima esta historia Le digo á usted que hay para aborrecer la vida.

(Entra Lucía.)

ESCENA III

DICHOS, LUCÍA; luego FRAMIÉ

BAR. ¿Se puede saber á qué vienes aquí? El señor y yo tenemos que hablar de cosas serias.

LUCÍA No hago nada malo. Venía á felicitar á Gueroy.

GUER. (Sorprendido.) ¿A felicitarme?

LUCÍA (Tocándole el ojal de la americana.) Mi padrino me ha dicho que será para enero...

GUER. ¿De veras, baronesa?

BAR. (A Lucía.) ¡Charlatana! (A Gueroy.) Quería darle á usted la sorpresa. Además, aun no es cosa hecha...

LUCÍA (Dándose importancia.) De eso yo me encargo.

GUER. Gracias, Baronesa; gracias, Lucía. (Bajo á la Baronesa.) ¿Pero de dónde se ha sacado usted que está chiflada?... (A Framié que llega.) ¿Qué ocurre?

FRAMIÉ Es Martín, el contramaestre, que quiere hablarle á usted en seguida.

GUER. No han de dejarle á uno ni un minuto en paz... ¿Me permite usted, Baronesa?

BAR. Vaya usted, vaya usted. (Se van Framié y Gueroy.)

ESCENA IV

La BARONESA, LUCIA

LUCÍA ¿Le hablaste á Gueroy?

BAR. Sí.

LUCÍA ¿Y qué?

BAR. (Besándola.) No pienses más en Varéze.

LUCÍA ¿Se casan?

BAR. Sí. (Lucía rompe á llorar cayendo en una silla. Su madre la coge las manos procurando calmarla.) No te desesperes, tontina... No te aflijas, hija mía... En nuestra situación ahora encontrarás el mejor marido de París.

LUCÍA (Jipando.) Yo he hecho todo lo que he podido.

BAR. ¡Ya lo creo!

LUCÍA Y ni siquiera se ha enterado. Eso es lo que más me duele, ¿sabes?

BAR. ¡Es un estúpido!

LUCÍA (Llorando más fuerte.) ¡Puede que hubiera sido mejor decírselo clarito!

BAR. ¡No faltaba más!

LUCÍA ¡Ay, mamá, qué desgraciada soy!

BAR. ¡No, hija mía, no eres desgraciada!... Eres nerviosa. No es lo mismo.

LUCÍA ¡Serán tontos los hombres! ¡Serán idiotas!

BAR. ¡A quién se lo dices!

LUCÍA ¡Casarse con Genoveva!... Yo no le tengo rencor á Genoveva... es una buena amiga... Pero, en fin, seamos justas... Es fría... bonita, sí, pero no para volverse loco... No tiene gran fortuna... ni influencia... ¿De qué le puede servir en la vida á Varéze?... ¡De nada!

BAR. Pero, niña, no es así como se debe razonar.

LUCÍA Al contrario. Así es... Y si ella siquiera estuviese locamente enamorada, aun lo comprendería... Pero no, le quiere como una muchacha bien educada quiere á un joven distinguido.,. ¡Eso no es amor!... Más de una vez los he visto juntos... Casi no se miran... Ni se adivina que desean abrazarse... ¡Ah! Si yo fuera su novia, sería otra cosa, te aseguro!... En fin, no hablemos más de ello... ¡Hay que conformarse!... ¡¡Aunque se rabie!! (Entra Andrés.)

ESCENA V

DICHAS, ANDRÉS

AND. A los pies de usted, Baronesa. Adiós, Lucía, ¿cómo va?

LUCÍA (Secamente.) Muy bien, muy bien.

AND. He sabido que estaban ustedes aquí. De todos modos pensaba ir á verles esta tarde. Tengo que contarles una porción de cosas.

LUCÍA Si estorbo, me retiro.

AND. ¿Usted? Al contrario. Precisamente siempre me ha dado usted muy buenos consejos... y sabe usted mucho de política.

BAR. ¿De qué se trata?

AND. En pocas palabras voy á explicárselo. Corren noticias de que Ranson se asocia con su tío y eso me pondría en una situación algo delicada... Sea por lo que sea, Ranson es mi enemigo político... Yo creía haberme reconciliado con él, pero no hay nada de eso. Me he enterado de que habla de mí, no injuriosa ni groseramente, que eso no lo

consentiría yo, sino... ligeramente, lo cual es peor, y en cuantas ocasiones se presentan. En París no haría de ello maldito el caso; en la vida política está uno curtido. Pero aquí en provincias no es lo mismo y en el distrito todo toma aspecto grave. Preferiría que me tratasen de renegado ó de vendido en París, donde ya sabemos el fundamento que tienen esas cosas, á que me llamen tonto delante de mis electores... Con esas bromitas le echan á uno abajo unas elecciones. Anoche comí en la Prefectura y en seguida comprendí la campaña comenzada. Había allí dos ó tres periodistas de la localidad, antes respetuosísimos conmigo, y que ayer me resultaron demasiado familiares, por no decir irónicos. ¡Parecía como si me tomasen por otro chico de la prensa! Al Prefecto todo se le volvían reticencias sobre las próximas elecciones y sobre el estado de opinión de mi distrito. Y le sorprendí á la prefecta dos ó tres sonrisitas que eran cada una un poema. . Se han inventado y puesto en circulación varias divertidas anécdotas sobre mi apreciable persona... ¡Una verdadera campaña! Y tengo la seguridad de que la inspira ó la dirige Esteban Ranson. ¡Parece mentira!... Un distrito tan tranquilo siempre, tan seguro, donde jamás tuve oposición ni contrincante serio... En fin, Baronesa, que necesito de usted y de Courtray. No creo que ustedes me abandonen.

BAR. Ciertamente, amigo mío; conmigo puede usted contar.

AND. ¿Y con usted también, Lucía?

LUCÍA ¡Oh! yo, francamente se lo digo, no me parece que debo distraer á mi padrino de sus graves preocupaciones para mezclarle en estas menudencias de campanario.

BAR. (Aparte.) ¡Atiza!

AND. ¡Menudencia mi reelección de diputado!

LUCÍA Un presidente del Consejo tiene otras cosas á qué atender.

AND. Está usted en un error, Lucía; debe interesarle que no le derroten sus candidatos adictos.

LUCÍA No sé qué pruebas de adhesión le haya usted dado.

AND. Votar siempre por él.

LUCÍA ¡Como si fuera usted el único!

AND. (A la Baronesa.) Pero, ¿qué le pasa? ¿Ya no somos amigos?

BAR. No haga usted caso, un poco de nervios.

LUCÍA No estoy nerviosa, y sé muy bien lo que me digo.

AND. ¿Qué le he hecho yo? Es preciso que nos expliquemos...

LUCÍA Mamá, te prohibo que le expliques nada... ¡Vámonos!

AND. ¡Pero Lucía!... ¡Baronesa!

LUCÍA No sé dónde se ha sacado usted que hayamos sido nunca tan amigos. ¿Vamos, mamá?... Beso á usted la mano. (Sale con afectada dignidad; su madre la sigue, y á ésta Andrés.)

BAR. No haga usted caso. Ya pasará. Caprichos de niña mimada...

AND. ¡Oh, no!... Yo quiero saber... Esta misma tarde iré á ver á ustedes...

(Mientras salen por un lado, llegan por el otro Gueroy, Jaime y Marta.)

ESCENA VI

GUEROY, JAIME, MARTA; luego RANSON

JAIME Por Dios, padre, no pongas dificultades.

GUER. Me parece que puedo dar una opinión.

JAIME Claro está.

GUER. Y me permitiréis siquiera leer el contrato antes de firmarlo.

JAIME (Riendo.) Naturalmente. Lo esencial es que no te opongas á ello en principio.

GUER. ¡Y aun lo tomas á risa! Francamente, no sé qué demonios tenéis los dos hace unos días. Nunca os he visto de tan buen humor. Cualquiera diría que nos ha llovido del cielo la fortuna. Pues á mí no me lo parece... (Pausa.) ¿No viene Esteban?

MARTA Ahí está. (Entra Ranson.)

RANSON (Estrechando la mano á Gueroy.) ¡Hola, tío!

GUER. ¿Traes el contrato?

RANSON (Sacándolo del bolsillo.) Aquí lo tiene usted.

GUER. Vamos á examinarlo despacio, si no tienes inconveniente.

RANSON Al contrario. Me parece indispensable.

JAIME (Benévolamente.) Tengo la seguridad de que no habrá que cambiarle ni una coma.

RANSON (A Jaime.) Lo he redactado como convinimos.

GURR. Veamos. (Se sientan. Gueroy á la mesa con el contrato á la vista, los otros á ambos lados.)

GUER. (Leyendo entre dientes.) «Entre los infrascritos».

RANSON (Aparte á Marta.) ¿Sabe usted algo de Genoveva?

MARTA (Aparte á Ranson.) Acaba de llegar. Ahora la verá usted. Me ha dicho que desea hablarle.

GUER. ¿Has puesto una cláusula relativa al personal de la fábrica?

RANSON Sí. Y es esencial. Hay elementos perniciosos á la buena marcha del trabajo. Los obreros, con excepciones contadísimas, son excelentes He hablado con ellos, me han hecho algunas reclamaciones muy justas, en su mayor parte, y les he prometido atenderlas. Pero tiene usted un contramaestre, un tal Martín, que es necesario cambiar.

GUER. ¿Despedir á Martín?... ¡Tú te chanceas! Lleva en casa diez años y jamás tuve queja de él.

RANSON Consérvele usted un mes más y tendremos la huelga. Molesta á los obreros sin saber mandarles. Tiene la falsa autoridad que sólo emana del amo, en lugar de fundarse en el valor individual. Se las da de celoso y es inaguantable.

JAIME Sí, sí. (A su padre.) Mil veces te lo he dicho: Martín no sabe lo que trae entre manos.

GUER. Pase por Martín. Pero esta otra cláusula... que te entrega la dirección absoluta, que te da voz preponderante en todos los casos... que en realidad nos despoja de todos nuestros derechos...

RANSON Para salvaguardia de sus intereses.

GUER. Puede ser. Pero constituye para mí una abdicación inaceptable. ¡No pasaré por ello jamás!

RANSON Mire usted, tío, hay que entenderse, y las cosas claras. ¿Quiere usted salir del atasco,

sí ó no? He estudiado la fábrica hasta el último rincón. No tiene dos años de vida como no se ponga al frente de ella un hombre serio y enérgico, alguien que tenga una voluntad, sea yo ó sea otro, eso es lo de menos. Es una casa que solo marcha por la velocidad adquirida, y que se hundirá de repente á la primera sacudida. Usted se ha metido en política, se ocupa usted en hacerse condecorar y tiene usted en París un palacio donde recibe diputados y presidentes del Consejo. No me opongo; pero, entre tanto, hay competidores que se instalan aquí, á su lado de usted, y conforme se engrandecen le ahogan; créame usted á mí. Y todo ¿por qué? Pues porque ha descuidado usted las principales condiciones de éxito de todo negocio: la presencia continua del patrono, el ojo del amo y el orden. Serán viejas reglas, pero hasta ahora no se han encontrado otras mejores. Cuando hay orden acaba por haber justicia, y entonces todo el mundo trabaja y espera... Y la cosa marcha... Si me deja usted hacer, yo respondo de todo. Aquí me instalo. De aquí no me muevo, me entrego al negocio en cuerpo y alma, y si quiere usted venir á verme de cuando en cuando, me alegraré mucho. Y ahora, bromas aparte: esas son mis condiciones. Tiene usted una hora para pensarlo y decidirse. (Se levanta.)

GUER. (Levantándose también.) Está pensado y decidido. ¡Jamás pondré mi firma al pie de este contrato, jamás! (Deja el papel sobre la mesa y se dispone á salir.)

MARTA ¡Padre!...

JAIME (Cogiéndole por el brazo.) ¿No quieres?

GUER. ¡¡No!!

JAIME (Trayéndole al centro.) Pues oye. Aun no te lo he dicho todo. ¡Hace un mes, la víspera de marcharse Esteban, iba yo á matarme, á saltarme la tapa de los sesos, y fué Esteban quien me quitó el revólver de la mano!...

GUER. (Muy conmovido, yendo á él y cogiéndole las manos.) ¡Tú!

JAIME Sí, padre...

GUER. (A Ranson.) ¿Es cierto?

RANSON No iba á inventarlo ahora...

GUER. (Después de una pausa cortísima, va resueltamente á la mesa y firma. A Ranson.) Gracias, Esteban.

JAIME De ahora en adelante, Esteban, tú eres el jefe.

RANSON (A Gueroy.) No abusaré de ello, tío; puede usted estar tranquilo.

GUER. (Muy conmovido, á Jaime.) Ven, hijo mío, ven... Necesito estar un poco á solas contigo. (Se lo lleva.)

ESCENA VII

RANSON, MARTA; luego GENOVEVA

MARTA Volvemos á encontrarnos frente á frente, Esteban, como hace un mes. Solo que ahora nos ha salvado usted... y para salvarnos ha sacrificado su reposo y acaso su felicidad... ¡Crea usted en mi amistad y mi agradecimiento eternos! Ojalá pudiera ofrecerle la felicidad...

RANSON Creo que me curaré, Marta. Si es el amor el mayor obstáculo que puede oponerse á la voluntad del hombre, no es tampoco un obstáculo insuperable. Estoy profundamente herido, pero no herido de muerte... Y luego, mire usted, casarse con Genoveva no era la conclusión de una existencia como la mía. Mi vida aventurera no merece tal recompensa.

MARTA Al contrario, Esteban. Sería la conclusión lógica y justa. Es curioso: aun no desespero. Las últimas cartas de Genoveva denotan cierta turbación.. como si estuviese desorientada... Y hace un momento, al hablar con ella, me ha parecido menos resuelta, menos segura de sí misma... Yo creo que debía usted...

RANSON No, Marta, no, la primera condición de la cura, es la voluntad de curarse... No intentaré nada. Genoveva y yo estamos más separados de lo que usted cree.

MARTA Quizás mucho menos...

(Entra Genoveva. Marta se va; pero antes de marcharse le dice unas palabras por lo bajo y la empuja dulcemente hacia Ranson.)

GEN. Oiga usted, Esteban... He vuelto únicamente porque Framié me ha escrito que sus asuntos de usted con Jaime iban á arreglarse definitivamente.

RANSON Se acaban de arreglar hace un momento.

GEN. Tanto mejor. Pero, en su carta, me dice Framié que usted me va á devolver los trescientos mil francos que yo tenía en la fábrica.

RANSON Así es.

GEN. Y ¿por qué devolvérmelos en seguida y no dejarlos como estaban?

RANSON Porque la situación se ha regularizado en una forma que ya es imposible modificar.

GEN. Conserve usted ese dinero, Esteban, se lo ruego, en la forma que usted prefiera, en depósito... yo no sé... escoja usted... Pero no quiero recibirlo de su mano. No puedo consentir que se me trate como á uno de tantos acreedores, como á un enemigo... Yo le pedí á usted que salvase á mi familia, pero no le he pedido que me salve á mí...

RANSON No, Genoveva, no. Nada de desplantes inútiles ni de generosidades de última hora. No cambiemos nada de cuanto está decidido, ordenado y es indispensable.

GEN. ¿Es esa su última palabra?

RANSON Sí.

GEN. ¿Quiere usted á todo trance, devolverme ese dinero?

RANSON Sí.

GEN. ¿Cuándo?

RANSON Mañana.

GEN. ¿Al mismo tiempo que á los otros acreedores?

RANSON Al mismo tiempo.

GEN. Bueno. Lo tomaré. Pero, puesto que yo no soy aquí más que una extraña á quien se contentan con pagarle lo que se la debe, sólo me resta abandonar esta casa.. ¡Sí... sí... saldré de ella para no volver jamás!

RANSON Eso concierne á su marido de usted.

GEN. ¡Mi marido!... Mire usted, no me da reparo

ninguno el decírselo á usted á pesar de lo que ha ocurrido entre nosotros. Ese matrimonio no se hará. Yo no me casaré en la incertidumbre de corazón y de espíritu en que me encuentro. Y por eso he resuelto viajar, no seguir viviendo con Marta y su marido. Hay ciertas decepciones que sólo pueden olvidarse en una vida de libertad é independencia.

RANSON ¡Genoveva, no se embriague usted con frases de cuya vanidad no se ha dado usted cuenta! Palabras que sólo pueden engañar su espíritu y descarriarla del verdadero sentido de la vida. La libertad y la independencia no es en la rebeldía donde las hallamos, sino en nuestro corazón y por nuestro propio esfuerzo. Y no es huyendo de nuestros dolores como podemos curarlos, sino por el contrario, conociéndolos, amándolos. Entonces se nos hacen familiares y acaban por dejarse domar y acariciar... Su vida de usted está trazada y su camino es recto, no lo desvíé usted con actos imprudentes y ademanes bruscos. ¡Ya ve usted, hoy soy yo quien le habla como un hermano mayor!...

GEN. ¡Un poco tarde!...

RANSON (Cogiéndole las manos.) Míreme usted cara á cara, Genoveva... De sobra sabe usted que no se irá... Que no puede marcharse así... Y que si su hermana y Jaime la dejaran hacer tal insensatez, yo se lo impediría... ¿A qué vienen, pues, esas amenazas?

GEN. ¿Usted iba á impedírmelo? ¿Con qué derecho?... Ha salvado usted á seres que me son queridos, es cierto; pero, ¿qué derechos le da á usted eso sobre mi pensamiento, sobre mi conducta?... ¡Ah, sí, el amor que me tiene!... Al menos así me lo ha dicho, y parecía sincero... Pero me lo dijo con tales violencias y tan rudamente, que aun estoy dolorida... Me ha reprochado usted brutalmente mi egoísmo, mi frivolidad... ¿Sabía yo acaso que usted me amaba?... ¿Cree usted que si lo hubiese sabido hubiera recurrido á usted?... Y ahora, cuando me enorgullece mostrarle un poco de desinterés, me lo prohibe... ¡Cual-

quiera diría que quiere usted vengarse del amor que sentía por otro... y que ya no siento... que ya no siento!... (Dejándose caer en una silla y llorando dulcemente.)

RANSON ¡Ah! si yo fuese un loco ó siquiera más joven, lo que podría creerme... ¡Pero no!... ¡no!... no creo lo que parecen decir esas palabras, esa mirada, esas lágrimas... ¡Ah, Genoveva, Genoveva! no nos engañemos sobre nuestros propios sentimientos. Sería horrible tomar por amor lo que de parte de usted sólo sería agradecimiento... ¡acaso sorpresa!...

GEN. ¿Agradecimiento, Esteban?... Cierto que lo tengó, y mucho... pero no es la gratitud lo que ante su vista tanto me conmueve... Usted debía comprenderlo. Mire usted, Esteban, por mucha experiencia que usted tenga, no puede darse cuenta de los cambios que pueden producirse en el espíritu de una pobre muchacha cuando se ve ante ciertos dramas de la vida que ni siquiera sospechaba, que no creía posibles... Y así, cuando descubre un carácter como el suyo... Cuando le ve, como la otra noche, tan generoso, tan fuerte contra sí mismo... ¡Ah, me sentí otra mujer! Y como no me daba cuenta exacta de lo que pasaba por mí, quise alejarme de usted, desaparecer... Pero allá, en mis soledades, no pensaba más que en usted. Su acento de ira y de sufrimiento resonaba en mi oído... Su horror de entregarme en brazos de otro... Y luego, de pronto, su compasión ante aquel desgraciado que iba á morir... y su gran sacrificio... Y ahora usted, á su vez, comprenderá... ¿no es cierto, Esteban?...

RANSON ¡Sí, Genoveva, sí!... Comprendo .. Es cierto. En este instante se agolpan en mí todos los recuerdos de mi vida, y no encuentro más que una palabra... una sola... ¡te adoro!... (La toma en sus brazos. Al ver entrar á Gueroy se alejan rápidamente uno de otro.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, GUEROY; luego MARTA y JAIME

GUER. Genoveva, tu hermana tiene que decirte una cosa muy importante. (Genoveva va hacia Marta y Jaime, que llegan por la misma puerta. A Ranson.) Figúrate que ocurre una cosa bastante grave. Para ti no hay ya secretos en esta casa. Al saber que te habías asociado conmigo, Varéze ha venido á armarme un caramillo... Pretende que si tú eres el director de la fábrica, su situación electoral va á ser insostenible. Manías de politicastro... Le he replicado agriamente. Le he dicho que eso á mí me tenía sin cuidado... Y entonces me ha respondido que en tales condiciones jamás se casaría con Genoveva... Y me ha devuelto su palabra...

RANSON ¿Cuándo?

GUER. Ahora mismo.

RANSON Bueno, tío, está bien .. (Dirigiéndose á Marta.) Marta, ¿quiere usted darme la mano de su hermana?

MARTA ¡Con mil amores! ¡Qué alegría!...

GUER. ¿Cómo?... ¡Esta es buena!... ¿Os queríais?... ¡Y yo no me he enterado de nada!... ¡Venga un abrazo, chico!... Decididamente empiezo á estar chocho.. (Cuadro.—Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE RICARDO BLASCO

¡Agua va! monólogo en prosa.
El último tranvía, (1) pasillo cómico-lírico en verso.
Chocolate y mojicón, (1) sainete en verso.
Pecata minuta, (1) juguete cómico en prosa.
El ratoncito Pérez, juguete cómico en prosa.
Aliquid chupatur, juguete cómico en prosa.
Diabolín, (2) comedia de gran espectáculo en verso y prosa.
¡Te veo, besugo! (1) sainete en verso.
Los sinapismos, juguete cómico en prosa.
Servicio forzoso, juguete cómico en prosa.
¡¡Ladrones!! juguete cómico en prosa.
Isidoro Pérez, juguete cómico en prosa.
La Sonámbula, juguete cómico en prosa.
In artículo mortis, juguete cómico en verso.
Entre dos fuegos, (3) comedia en dos actos y en prosa.
El pan nuestro, (3) juguete en un acto en prosa.
Pepe Santiago, (3) juguete en un acto en prosa.
El amigo, (4) drama en un acto en prosa.
Máscaras, (5) drama en un acto en prosa.
Mamá suegra, comedia en tres actos en prosa.
Morada histórica, comedia en tres actos en prosa.
Morada histórica, comedia en dos actos en prosa.
La castellana, comedia en cuatro actos en prosa.
En el teléfono, drama en dos actos en prosa.
El drama de los venenos, comedia en cinco actos en prosa.
Luna de miel, (3) comedia en dos actos en prosa.
El revisor, (3) juguete en tres actos, música de Vicente Lleó.
El aventurero, comedia en cuatro actos.

---

(1) En colaboración con D. Angel del Palacio.
(2) Idem con D. Enrique Segovia Rocaberti.
(3) Idem con D. Emilio Mario.
(4) Idem con D. Manuel Bueno.
(5) Idem con D. Luis París.

Queda prohibida en absoluto la venta de est obra. La tirada se hace exclusivamente para servi los archivos de las Compañías que la represente en España, las cuales responderán de los ejempla res que con tal motivo se les faciliten.